



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>

6010 . 3. 31

HARVARD COLLEGE
LIBRARY



FROM THE FUND OF
CHARLES MINOT

CLASS OF 1828

bind Span 6616.3.3

TOMO VI.

1.^{er} CONCURSO.

BIBLIOTECA "PATRIA"

LA CADENA

POR

M. AMOR MEILAN

NOVELA
PREMIADA



*Ilustraciones
de
Luis Palao*

LA CADENA

ES PROPIEDAD

Biblioteca «PATRIA» de obras premiadas. — TOMO VI

LA CADENA

NOVELA ORIGINAL

DE

M. AMOR MEILÁN

ILUSTRACIONES DE LUIS PALAO

OFICINAS:

CERVANTES, 8, 3.º DERECHA

MADRID.—1905

Span 6010, 3, 31



at hand

LA CADENA

I

CUANTOS aquella noche penetraban en el salón de los señores de Matallana, sentíanse momentáneamente deslumbrados, como si por los ojos se les entrase todo aquel torrente de reflejos que se escapaba de mármoles, de brocados y de bronces, en los cuales caían, de lleno unas veces, de soslayo otras, los blancos rayos de la luz que los esmerilados focos eléctricos esparcían por la estancia. Era ésta suntuosa y bella, como obra del consorcio de la riqueza y del gusto más refinado, y en los menores detalles, desde luego se echaba de ver que en todo ello anduviera la experta mano de Calatraveño, el pintor á la moda y el más hábil conocedor de los secretos de líneas y matices, de riquezas y exquisiteces. Sobre el fondo de oro viejo que con vislumbres de raso cubría las paredes, destacábase la afligranada labor del blanco encaje amortiguando el brillo de la seda; aquí y allá, enormes jarrones de decorada porcelana sostenían jardines en miniatura en los cua-

les se juntaban las flores más costosas y raras; sobre las chimeneas, de mármol blanquísimo, caprichos ornamentales de esmaltado bronce se reflejaban en las inmaculadas lunas de Saint-Gobain; los divanes y las sillas, de coquetones perfiles y muelle y cómodo asiento, veíanse adosados los unos á la pared, agrupados los otros como en íntima familiaridad; caían pesadamente de las esculpidas galerías verdaderos terciopelos persas; los pies se hundían en la mulhada alfombra salpicada aquí y allá de deshojadas flores sobre un fondo completamente blanco, y del techo, en el cual se había reproducido con ideales colores una escena mitológica, pendían las arañas de cristal de Bohemia que esparcían torrentes de luz. Sobre los dinteles, la misma mano que había decorado el techo, dejara huellas inequívocas de su génio en otros tantos cuadros, espléndidos de luz como los de Alma Tadmor y soñadores como los de Corot; en las puertas, blancas, con entrepaños de un claro verdemar, incrustaciones doradas representaban pájaros caprichosos, quimeras imposibles y flores inverosímiles, como si la uña de un fantástico y fantaseador artista hubiera pasado por allí, sembrándolo todo de manchas de oro. Cuanto la vista alcanzaba, era todo suntuosidad y belleza, todo elegancia y fausto, y bien pudiera afirmarse que los señores de Matallana se

habían labrado el más suntuoso de los albergues.

No sin esfuerzos de su inteligencia ni sin tesoros de laboriosidad, los que un día no fueron sino modestos comerciantes, veíanse ahora en envidiable posición que les permitía mirar de igual á igual á los reyes del dinero y de la banca. Costárale no pocos sudores ni escasos afanes el primer millón, pero una vez logrado éste, don Teodoro de Matallana, el leonés que á probar fortuna llegara á Madrid pobre y sin amparo, con esa inspiración para los negocios que solo unos cuantos privilegiados poseen y que es un don como cualquiera otro, lograra acumular riquezas sobre riquezas. Cotizábase á buen precio su firma en el mundo de los negocios, realizó algunos con suerte poco pródiga, buscósele para garantizar con el prestigio de su nombre importantes empresas industriales y mineras, y ya colocado en la cúspide de la opulencia, en el pináculo de la fortuna, creyó que era lo más acertado y prudente disfrutar en la paz del hogar y en la tranquilidad de una conciencia que nada tenía que reprocharse, aquellos tesoros que tanto le envidiaban y que tan pocos habían perseguido con tan tenaz empeño.

A medida que su fortuna iba creciendo, íbase también cultivando su inteligencia; al mismo tiempo que ante él se iba en-

sanchando el horizonte de los negocios, dilatábase igualmente el de su imaginación. Nada en él permanecía estacionario, y de ese modo logró lo que rara vez consiguen los hombres, y fué que al ir ascendiendo en posición social, aquellos con quienes tenía que alternar y tratarse le encontraron á su altura, ni un punto más alto ni un punto más bajo que ellos. Comerciante entre los comerciantes y obrero entre los obreros, sabía ser entre los aristócratas aristócrata, y si nunca sintió la comezón de ostentar en la portezuela de su carruaje un escudo blasonado, nunca tampoco se regateó las satisfacciones y comodidades á que se juzgaba con derecho.

Ni jóven ni viejo, en esa edad en que el hombre llega á la cúspide de la vida, en esa segunda juventud desde la cual puede mirarse con igual serenidad al porvenir y al pasado; cuando en sus abundantes cabellos comenzaban á destacarse los primeros hilos plateados, nuestro don Teodoro contrajera matrimonio con una mujer digna de él, una verdadera dama que le amaba por quien él era más bien que por su posición, ya por entonces envidiable y tambien envidiada.

Era por aquel tiempo Julita Sampelayo, después señora de Matallana, una hermosa mujer que sin llegar á merecer el

dictado popular de una arrogante hembra no carecía de ninguno de los atractivos de que una belleza femenina puede alardear en plena posesión de la vida. No llegaba á los treinta años, aun cuando no anduvieran estos muy lejos de ella. Huérfana de un coronel de brillante historia que al servicio de su patria había puesto siempre su vida generosa, educada con todos los refinamientos que la corte ofrece á una mujer de su cuna, no desdeñó la mano ni el nombre del sincero Matallana que supo descubrir la codiciada perla en el revuelto mar madrileño. Puede asegurarse que su paso de jóven soltera á señora de su casa, fué un tránsito sin violencias, sin brusquedades aparentes; ni abusó de su nueva posición ni alardeó de ella, y como antes se limitara á ser el consuelo y el espejo de un padre valetudinario y enfermo, así después se conformó con ser la dulce compañera del acreditado comerciante que acechaba sus deseos para realizarlos y se sentía feliz al complacerlos.

De la unión de aquellas dos almas, templadas la una para la otra, vinieron al mundo dos hijos desemejantes en todo y en todo opuestos, así en lo moral como en lo físico; pues mientras Rosario, á medida que iba creciendo en edad crecía en hermosura, acentuándose las redondas líneas de

su cuerpo, el color moreno mate de su rostro, la negrura de sus grandes y rasgados ojos, la humedad y vivo carmin de sus labios y el perfil griego de su cara, Félix, el hijo varón, el primogénito, en nada se parecía á los que le habían dado el ser, creciendo desgarrado y largo, semejante á esas plantas que toda la sabia y toda la vida la acumulan en su tallo y cuyas hojas son tan escasas que apenas si se dibuja su recortada sombra en la clara mancha del sol.

De igual manera formaban, en lo moral, los dos polos opuestos del carácter humano. Rosario era alegre sin bullicio, jovial sin extremosos alardes; satisfecha de vivir, su alegría se comunicaba á todo y á todos. Era una de esas mujeres cuya presencia se adivina más bien que se siente, una de esas criaturas que dejan en pos de sí ese encanto, ese perfume natural, esa huella inconfundible que trae á la mente y á los sentidos el recuerdo y la imágen de una mujer. Fiel cumplidora de sus deberes de cristiana sin vanos alardes de gazmoñería, gozaba al salir de las misteriosas penumbras de la iglesia para anegarse en la luz del sol; aborrecía por instinto la fealdad y la grosería, y de ella pudiera asegurarse que era capaz de cruzar un lodazal sin que una sola mota del lodo la tocara. Expansiva y sincera, despreciaba lo que hallaba abominable y se apasionaba por lo que era bueno y

hermoso; de nuestra fiesta nacional amaba lo pintoresco, lo bello: el color, el bullicio la animación; de las flores prefería las más grandes, las más perfumadas, las de más brillantes matices; de las músicas, la que más adentro del alma le llegase como si fuera aquél un arte del alma y no de los sentidos.

Félix, su hermano, tenía de reservado y hosco todo lo que Rosario de ingénua y espontánea. Aunque el medio en que había crecido y desarrolládose le permitiera las más brillantes relaciones, jamás por ellas se desvivió, ni era en el mundo de los hombres banales á quienes la fortuna engríe donde había que buscarle. Su imaginación despierta siempre y en acecho de sensaciones nuevas, le hizo esclavo del estudio desde sus primeros años, y fué, muy joven aún, uno de los más aventajados alumnos de la universidad madrileña; de propósito, gozábase en desentrañar los más ocultos misterios de la ciencia, como si al descubrir su alma su esencia, se mostrase á sus ojos un mundo nuevo, para él hasta entonces completamente desconocido; citábasele con elogio y se le mostraba como precioso ejemplar del perfecto estudiante, con lo cual no hay para qué decir si don Teodoro pondría en él sus esperanzas y su cariño. Y no era que el desgarrado mozo mostrase aptitudes extraordinarias para un estudio de-

terminado y á él las consagrarse por entero; lo mismo en el campo de las ciencias que en el de las letras penetraba con desembarazo sin igual; huía de los rapsodistas, y, en atisbo siempre de las ideas, buscaba lo nuevo, lo original, lo desconocido, lo que le produjese aquellas sensaciones que le sostenían, que eran el manjar de su espíritu, el predilecto sustento de su inteligencia. Los libros de texto y las explicaciones del profesor en el aula, servíanle únicamente de punto de partida para más hondas lecturas; por leer á Tolstoy en su propia lengua aprendió el ruso; de Darwin, afirmó que no había llegado jamás á comprenderlo hasta que pudo admirarlo en el original inglés.

Pero, muy de otro modo que Rosario, no poseía ese instinto que hace adivinar el veneno y huirle; lo leyó todo, lo estudió todo: lo bueno y lo malo, lo dañino y lo provechoso. Artista por temperamento, buscaba en todo la belleza, y perdonaba los errores, los sofismas y las paradojas, los convencionalismos y las mentiras con tal de que sedujesen su atención y cautivasen su ánimo. Estaba Félix en aquella época de la vida en que dijérase que es el cerebro del hombre fértil y abonado campo que espera anheloso la mano del sembrador; pero faltóle á él, en momentos tan preciosos, quien eligiese la se-

milla y apartase la cizaña del grano saneado y puro. Bellas son las Vírgenes de Murillo, hermosas las Vénus del Tiziano; si le preguntaran á cuales prefería su gusto artístico no sabría que responder, ó, más probablemente, se quedaría con unas y otras. En el terreno científico, sin duda porque se le ofrecía á cada paso en el examen y estudio de la vida, consagró preferente atención al problema social, y desde Spencer á Tolstoy, de Bakounino á Laveleye, de Carlos Marx al conde de Mun, todo lo leyó, todo lo escudriñó; pero ¿estaba su cerebro lo suficientemente preparado, era bastante sólido su raciocinio para discernir con claridad, con conocimiento de causa en problema tan intrincado? Félix no era un luchador, no había experimentado las amargas realidades de la vida, no coexistiera nunca con las clases desheredadas y veíalas solamente á través del prisma que su imaginación de artista y sus estudios le habían fabricado. Enamorábase de la belleza del papel de redentor, y dejando volar su fantasía, imaginábase ya aclamado, ensalzado, subido en el pináculo de la fama y de la gloria reservadas á quien solucionase el problema de la miseria, ya fuese éste un rústico, ya un libertino, y con más fervor se enfrascaba en sus estudios favoritos. Comparó la elocuencia de los que aspiraban á seducir apa-

sionando y la fría dialéctica de los que por todas armas esgrimían argumentos y razones. Larga y porfiada fué la lucha; á menudo, después de una de aquellas lecturas tras las cuales quedaba calenturiento su cerebro y en tensión todo su espíritu, poníase á discurrir mentalmente, parado en medio de su cuarto de estudio, ó bien filosofaba en alta voz, y entonces sus monólogos iban acompañados del ruido que en el pavimento producían sus fuertes pisadas; y haciendo abstracción de cuanto le rodeaba, del proceso á que la humanidad viene sometida desde el principio del mundo, comparábase á sí propio con los desheredados, con los humildes, con los de abajo... ¿Era mejor que ellos? Si lo era ¿dependía esto de su exclusiva voluntad? Y si no lo era ¿qué derecho tenía en el festín de la vida á los regalos de que carecían los otros? Su padre había amasado con el sudor de su frente la fortuna que á él le sonreía; pero ¿la merecía él acaso? ¿Tenía derecho á ella? ¿La había disputado? ¿Había luchado, como los demás, por alcanzar sus favores?

De deducción en deducción, llegó á definir, á establecer la fatal negativa; y se decía que todo aquello no era suyo sino por un capricho de los hombres que establecieron la herencia de padres á hijos. «¡Padres é hijos...! ¡Bueno!—se decía;—

¡pero es que la humanidad no es una inmensa familia? ¿Es que la posesión por mi parte no significa el desamparo y el despojo de los otros? ¿No tendrían razón los que consideraban injusta y absurda la constitución actual de la sociedad, la organización de la humanidad? ¿No era una ficción, todo lo legal que se quisiera pero una ficción al fin, la patria, la autoridad y la familia?»

Un acontecimiento inesperado vino á decidirle en esta lucha de ideas que venía sosteniendo. Varios compañeros suyos, recién salidos de las aulas como él, decidieron ir en busca de la notoriedad, fundir el hielo que les separaba de la fama, correr al encuentro del aura popular, surgir de la obscuridad, romper sus envolturas de crisálidas para volar como radiantes mariposas por el mundo luminoso del arte y de la ciencia. Nada mejor para ello que la letra de imprenta que lleva á todas partes ideas y sensaciones; un título sugestivo, una intachable impresión, y después ideas, muchas ideas. Fortalecíales la esperanza; animábales la juventud... Ellos eran «la generación nueva» que buscaba un puesto en la lucha, «la España nueva» como á sí mismos pomposamente se llamaban. El que más y el que menos de entre ellos había visto su nombre citado con elogio en la gran prensa alguna vez; éste

diera una conferencia en un Centro popular, aquél había causado ruido en el Ateneo con sus atrevidas proposiciones. Los caminos trillados eran fáciles de seguir, pero no eran á buen seguro los que conducían á la fama pronta y ruidosa que aquellos mozos apetecían; era preciso destruir, romper moldes... ¿Con qué sería sustituido lo que abajo se echaba? ¿Qué se iba á edificar sobre aquellas ruinas? Esa no era labor del momento: la palabra «evolución» sonaba en aquellos labios como remedio á todos los males, como panacea contra todos los dolores de la humanidad.

—«Contamos contigo, dijéronle á Félix una mañana; es preciso que el primer número de *La Piqueta* tenga todo el peso de una catapulta y toda la fuerza de un ariete. No nos dejarás quedar mal ¿verdad?

No los dejó quedar mal, ciertamente. En satinado papel, con elegantes caracteres, como si con lo atrayente de la cáscara quisiera dorarse la amargura de la píldora, apareció en el primer número de *La Piqueta* un artículo que llevaba al pie la firma de Félix Matallana. En nervioso estilo, con frase vibrante, en rotundos períodos por los cuales parecía circular la sangre y la vida, estudiaba las amarguras de la clase baja del pueblo. ¿Las conocía Félix? ¿Las presentía? Lo cierto es que, á vueltas de las galanuras de estilo, y como prendidas

en dorado broche, las ideas aparecían esmaltadas en aquel su primer trabajo: ideas de regeneración, ideas de libertad moral y material que hicieron torcer el gesto á don Teodoro, al pacífico y honradote burgués, pero que á Félix le valieron fuertes apretones de manos, calurosos elogios, abrazos de sus compañeros...

Se le felicitó por su labor artística, por su triunfo literario, por lo *caliente* de su estilo... ¡sabía, sabía poner la pluma aquel muchacho! Bien quisiera Félix que la atención se fijara más en las ideas que en las palabras, más en el fondo que en la forma; pero así y todo, aquellas primeras caricias de la popularidad halagaron su amor propio, satisfacían su vanidad por el momento. «Ya se fijarían después, más tarde—se decía;—no es ésta labor momentánea, sino labor perseverante, de una hora y otra hora, de un día y de otro día, de ahora y de siempre.»

Y entre satisfecho y desilusionado, Félix Matallana, vino á quedar, desde su primer artículo de *La Piqueta*, consagrado como uno de los que «venían pegando» con más bríos, como uno de los más valiosos representantes de la «gente nueva».

II

EXTINGUÍANSE en los aires los últimos ecos del wals; al ruido que producía el abrir y cerrar de los abanicos; juntábase el acariciador «frou-frou» de las sedas y las argentinas risas de aquel enjambre de hermosuras que poblaba el salón de los Matallana; como negras manchas, destacábanse en aquel torrente de colores claros los severos trajes de los hombres. Don Teodoro, con otros graves próceres de la banca, había-se instalado en un despacho cuya austeridad contrasta con la alegría del salón; doña Julita recibía los plácemes de sus numerosas relaciones por la inauguración del nuevo hotel, uno de los más suntuosos de la Castellana, y Rosario multiplicaba su atención entre sus conocidos y amigos, imponiéndose el trabajo de estar á la vez en todas partes.

En un ángulo del salón, escondido bajo un verdadero toldo de puntiagudas hojas que se escapaban de un ancho tabor japonés, Aureliano Paz, el periodista atildado

y pulcro, el revistero de salones que con mayor exactitud era capaz de citar á las damas que á una fiesta concurrían, detallando sus tocados con la minuciosidad de un periódico de modas, informábase, lápiz en mano, de una señora respetable por su edad y en cuyos salones se le veía con frecuencia.

— ¡Aquella joven rubia!... Yo recuerdo su cara...

— Pacito ¡por Dios!... ¡Si es la de Rosales!

— Es verdad; perdóneme usted tanta molestia, doña Emilia... ¡Ah! Allí veo á la vizcondesita de Campo-Azul... La que está á su lado, la de vestido rosa ¿la conoce usted?...

— ¡Pero hijo, ni que tuviera usted telarañas en los ojos! ¿No conoce usted á la de Cuadrado?... ¿De dónde ha salido usted hoy?

— Del Real acá en derechura; se lo juro á usted.

— ¡Sin pasar por la calle de la Ruda!...

— Era muy largo el rodeo; y además, convendrá usted conmigo en que disonaría el traje de frac en casa de Félix.

— No sé... pero supongo que no habitará por allí ningún palacio.

— No, señora; un cuarto segundo modesto, decentito y alegre.

—Donde seguramente se estará pudriendo de fastidio una desgraciada...

—¿Quién? ¿Justina?

—No sé si se llama así; pero si ese es su nombre... pues Justina.



—¡Pues si es de lo más feliz que puede usted imaginarse!

—¡Buena será ella!

—Conociéndola, la juzgara usted con más benevolencia... Es buena...

—¡No puede ser!

—Es bella...

—¡Imposible!

—Es joven...

—¡Lo fingirá!

—Viuda...

—Bien supo el marido lo que se hizo...

¿Cómo no había de morirse el infeliz?...

—¡Pero si ella, mientras estuvo casada, fué siempre modelo de esposas!

—Para venir á caer...

—¡Si no ha caído!

—Pues no lo entiendo.

—Es cuestión de ideas solamente; usted sabe cómo es Félix...

—Sí; un descreído, un ogro...

—Nada de eso. Tiene sus ideas; convenido. Pero es un hombre sincero, afable...

—Es usted su amigo y le defiende.

—Le defiende á pesar de que es mi amigo. Leyó mucho... Estudió mucho...

—¡Y se le secó la mollera!

—... Y adquirió el convencimiento, equivocado tal vez, pero convencimiento, de que el mundo está pésimamente gobernado.

—¡Y pretende enmendar la plana á Dios?

—Á Dios nó, pero á los hombres sí. Para él, el hombre debe ser libre, y no juguete de otro hombre; para él la verdadera li-

bertad consiste en que cada cual sea el dueño absoluto de su voluntad, y en conseguir la propia independencia; para él las leyes son los peores enemigos de la libertad; para él todo debe ser de todos y para todos, y la patria, la propiedad, la familia, el matrimonio... ¡la religión misma!... son otras tantas fábulas, otras tantas formas de la esclavitud...

—¿Y dónde ha aprendido él todas esas cosas?

—Allá tiene, en su estudio, un montón de libros rusos, alemanes...

—¿Y cree usted que una mujer puede enamorarse de un hombre como ese?

—Por esta vez, al menos, tengo que confesar á usted que fué posible.

—Debió ser cosa extraordinaria, como paso propio de novela...

—Por el contrario, en todo ello no hay ni un adarme de maravilloso; todo es ordinario y vulgaridad. Hace cuatro años, el ingeniero Blasco, el marido de Justina, pereció en una explosión ocurrida en las minas de Monteárido... Usted se acordará de aquel lance ¡poco que de ello se ocuparon los periódicos! Fué Blasco lo que nosotros llamamos un mártir de la ciencia; un hombre desgraciado á quien la muerte cortó la vida y la carrera, dejando en el mundo una viuda de diecinueve años. Eran Blasco y Félix amigos tan leales como adversarios.

en ideas; acaso la ley del contraste fué la que mutuamente les atrajo. Recibió Félix la noticia, y él fué el encargado de participársela á la esposa; la pobre joven, huérfana y sola, perdido el amparo que en el mundo tenía, no encontró en aquellos dias mejor ni más leal consejero que nuestro amigo. Félix, por su parte, pude admirar la entereza y la resolución de aquella mujer que, en el principio de su vida, se veía obligada á andar sola por el mundo, rodeada de acechanzas, de seducciones, de promesas tentadoras...

—Eso es; y como quiera que Félix era el más insistente.

—¡Si no hubo insistencia! ¡No le digo á usted que todo en esta historia es vulgarísimo y corriente?... Hubo, sí, atracción, afinidad de sentimientos, lazos invisibles que se fueron estrechando, igualdad de aspiraciones... ¡vulgar, vulgar todo! Desde Hero y Leandro hasta Félix y Justina, la historia se ha repetido, cien veces, mil, cien mil, un millón... ¡cualquiera lo sabe! Ello es que hoy viven en paz...

—¿Y en gracia de Dios?...

—No me atrevo á decirlo; pero se quieren, se respetan: Félix sin ella no puede vivir, ella sin Félix no comprende la vida... ¡Es eso malo?...

—Pero...

—La historia, como ve usted, es vulga-

ísima. Lo que no es vulgar ya, ni mucho menos, es el quererse como se quieren ellos y el vivir como ellos viven. Porque Justina es rica; de sus padres heredó buenas propiedades en Asturias; pues bien, ha renunciado á ellas en obsequio de sus colonos. Félix le ha hecho creer que la tierra la hizo Dios para que fuese patrimonio de todos, lo mismo que el aire, igual que el sol...

—¡Pero ese hombre es un mónstruo!...

—Es un hombre que se pasa la vida sentado á su mesa de trabajo, escribiendo de noche lo que piensa de día, en una obra que dice que le ha de dar fama y provecho; sin otro capital que sus ideas se propone regenerar el mundo con sus libros.

—¡Pues ya puede echar boato... Justina!

—¡Claro es que no! ¡Como que en aquella casa todo es modesto, casi pobre: allí no hay galas ni riquezas. En un armario, como en una tumba, guarda Justina sus pasadas preseas, sus antiguos atavios; en lo demás, ni él ni ella se diferencian en nada de la modista de usted ó del tenedor de libros de don Teodoro...

—Todavía va usted á hacerme creer que volvieron los felices tiempos de «contigo pan y cebolla.»

—No lo sé: pero ello es que parecen felices.

—No puede ser.

—Es decir, no del todo. Porque Félix que siente por Justina verdadera idolatría siente celos, unos celos feroces...

—Es natural. La pobre mujer buscará, como doña Inés, «más espacio en que volar...»

—Tampoco, porque el ser de quien Félix está celoso no existe en este mundo.

—¡Ya veo que chochea usted, Pacito!

—Presumo señora de tener muy firme la cabeza. El que se interpone entre los dos es un ser invisible, una quimera más bien que una realidad; es el primer marido. Ese... ese es el tormento del pobre Félix Matallana; acecha el sueño de Justina, espía sus gestos, atisba sus pensamientos, anda á la caza de sus más íntimas sensaciones, y todo para descubrir, para ver si de su alma ha desterrado el recuerdo del ingeniero, si de su corazón ha extirpado hasta la última raíz del amor pasado. Ese es su único tormento.

—Por supuesto, que en esta casa no pondrá los pies.

—No la frecuenta, pero no la esquivo tampoco.

—¿Y su padre?

—Don Teodoro espera reducirlo á la razón, traerle al buen camino; quiere á Justina... Hubo al principio sus luchas, sus peleas, recriminaciones del padre, al-

tanerías del hijo, lágrimas de doña Julia desmayos de Justina...

—¿Me permite usted fallar en ese pleito?

—Mucho más pudiera alegar la defensa; pero sería pecado de lesa galantería aplazar por más tiempo la sentencia si ha de ser formulada por usted.

—Pues... fuera galanterías, digo y sostengo que él es un loco digno de atar.

—Concedido... hasta cierto punto.

—Que es un desalmado que arrastró á esa criatura al estado fatal en que se encuentra.

—Algo duro es el calificativo.

—Duro, pero merecido. Y ella, si es una paloma sin hiel como usted la pinta, digo y sostengo que es una inocente que vive fascinada, ciega, aturdida, sin darse cuenta de su situación verdadera, como el pájaro atraído por la serpiente.

—En eso es posible que no vaya usted equivocada.

—Y la pena que yo le impondría á ese hombre, para expiación de sus culpas, sería lisa y llanamente, que diera su nombre ante Dios y su mano ante el mundo, á esa pobre muchacha; que se dejase de redenciones ilusorias, para acometer la única redención verdad; que dignificase á esa mujer, levantándola de la miseria moral y material en que él la ha hundido; en una pala-

bra, que de eso que él redujo á un guiñapo social haga la legítima esposa de don Félix Matallana.

—Elocuente estuvo usted en su fallo; pero estoy seguro de que el interesado apelaría de él.

—Supongo que no sería al Nuncio... porque también le condenaría irremisiblemente.

—No, señora; apelaría á su conciencia.

—¿Pero la tiene ese hombre?

—A sus ideas, si quiere usted.

—Pero ese es un tribunal recusable.

—¿Recusable?

—Por complicidad con el reo.

—¿De suerte que le niega usted al pobre Félix toda esperanza?

—Al contrario, le enseño el camino de la regeneración... ¿Se sonríe usted?

—De vernos convertidos en misioneros y catequizantes en estos salones. No me negará usted, mi querida doña Emilia, que el contraste es raro.

—Pero no me negará usted tampoco que todo el mundo es templo para atraer al redil á las ovejas descarriadas... ¿Se acuerda usted del cuadro famoso «El viático en el baile»?

—Una obra maestra, por la concepción y por la impresión profunda que deja en el ánimo.

—Pues ya ve usted. Aquello es más fuerte que esto; y sin embargo...

Preludió la orquesta los primeros acordes de un cotillón; alzóse un ligero revuelo entre la juventud bulliciosa, y el ruido del baile apagó el de la conversación entre la venerable dama y el almibarado periodista que nuevamente volvió, cartera en mano, á anotar nombres y á inventariar tocados y prendidos.

III

DE pesadumbre sirvió á los señores de Matallana la ausencia del hijo pródigo en tan señalada noche como era aquella. No extrañó, sin embargo, á ninguno de cuantos le conocían y estaban al tanto de las campañas y de los trabajos de Félix, de las cuales se hablaba con cierta conmiseración desdeñosa. Veíase, á ratos, cruzar algo así como una sombra de duelo por las frentes de don Teodoro y doña Julia; en algún grupo se recordaba al «anarquista» como ya sin rebozo, se le llamaba y esto era todo. Era natural, después de todo, que él, atendidas sus ideas y sentimientos; él, flagelador eterno de la burguesía y de las clases acomodadas, no pusiera sus plantas en aquellos salones donde todos los refinamientos del lujo se habían juntado, donde todo el poderío de Su Majestad el millón tenía su asiento. Su presencia, en tal lugar y en ocasión semejante, hubiera sido un contradictorio viviente. Esto fué lo que algunos

se dijeron, para no volver á pensar ya en él en toda la noche.

Pensaban en cambio, y mucho, sus padres; pensaban en él doña Julia y don Teodoro, con la misma obstinación que Félix ponía en huir de aquélla casa, con la obstinación que el amor pone siempre en aquello que desea y ama; porque, á despecho de todas las ideas, á pesar de todas las doctrinas, si entre los pensamientos de padres é hijos se habían levantado barreras infranqueables, los corazones de unos y otros estaban abiertos de par en par para el afecto que los unía desde el primer vagido que lanzara el menudo cuerpecillo de Félix al venir al mundo, al nacer á la vida.

Por Pacito sabemos que no desdeñaba el libertario empedernido el hogar de sus mayores; á él acudía con frecuencia, y nunca fiesta familiar se celebró en la que él no estuviera: rendía este tributo al cariño sin altanerías, pero también sin desmayos ni decaimientos de lo que él llamaba «su fé». No iba á visitar al banquero sino á su padre; y así como este lamentaba los extravíos del hijo, así Félix censuraba el empleo que de su fortuna hacía don Teodoro y la carencia de altruismo que le incitase á emplear aquellos millones, con su trabajo de tantos años amontonados, en el bien de los demás. Lamentábanlo y sentíanlo recíprocamente, pero del mismo modo ponían espe-

cial empeño en no tratar de semejantes asuntos, para no amargar, el padre aquellos breves momentos de alegría; para no provocar el hijo inútiles discusiones que al olvido quedaban entre ellos relegadas.

Porque las había habido gordas y fuertes en los comienzos; agrias disputas, que unas veces terminaban con un portazo enérgico y un redondo «voto vá» de don Teodoro, y otras se diluían en largos sermones en los cuales cada uno esgrimía las armas que su inteligencia le deparaba en favor de su causa respectiva. Aquello, sin embargo, había pasado ya; don Teodoro no renegaba de su hijo, confiado en que pasados los primeros hervores de la juventud, aquellos entusiasmos iríanse enfriando, enfriando hasta no quedar de ellos sino un frío rescoldo por sedimento imperceptible; Félix por su parte, apreciaba todas las nobles cualidades de su progenitor, y comparándolo con los demás hombres, hallaba en su cariño argumentos que se lo presentaban, sinó como el hombre perfecto, el sér ideal con que el soñaba, al menos como un hombre bastante mejor que tantos otros de tu clase que él conociera y tratara.

¿Y Justina?... Hubo larga resistencia antes de darle entrada en casa de los de Matallana. Doña Julia se opuso con toda tenacidad, con tesón firmísimo, á que aquella mujer le fuese presentada; pero fué tambien

la primera en ceder. Fruto de los amores de Félix y Justina fué una criatura venida al mundo en aquel humilde cuarto de la calle de la Ruda; llevada de su natural bondadoso, la esposa de Matallana atrevióse un día, con el velo echado sobre la cara, á ir á aquélla casa y á depositar un beso en las mejillas de aquel ser que llevaba sangre de su sangre en las venas. La conversación fué breve, muda la contemplación, la meditación larga; sobre el limpio lecho, Justina, suelto el negro cabello sobre la almohada, parecía más blanca, casi exangüe, como una figura de alabastro; estrechaba amorosamente á su hija contra su seno, mientras Félix iba de un lado para otro, atento á todo, prodigando sus cuidados á la enferma y andando de puntillas, como si temiese romper el misterioso encanto de aquella entrevista. La de Matallana salió de allí con el corazón oprimido, afligida ante el pensamiento de que aquella criatura no podría levantar su frente ante las demás con la serena altivez del que en el mundo por Dios creado entra con la bendición divina sobre su cabeza. Atraída por aquel montoncito de carne rosada y blanca, menudeó las visitas á la calle de la Ruda; no faltaron en ellas grandes exhortaciones cuando Justina pudo oirlas sin fatigas ni recelos por su salud; más de una vez la dejó con las lágrimas en los ojos; al volver, sin embargo do-

ña Julia encontraba siempre en sus labios la misma respuesta:—«Lo que Félix quiera.»

Y lo que Félix quería y lo que Félix pensaba, harto lo sabía la esposa del banquero; por ese lado era inútil todo empeño: había que esperar, ó que Dios le tocase al alma, ó que los irreflexivos entusiasmos de la juventud dejasen paso á la reflexión madura y sana. Lo primero pedíalo al cielo todos los días con el más grande encarecimiento; lo segundo iba para largo, á juzgar por las trazas.

De aquella ruda prueba de la maternidad, había salido Justina más hermosa, pero incapaz de criar á sus pechos á su hija; fué preciso traer á casa una nodriza escogida por la propia abuela, y de casa de Matallana fueron para ella los regalos, los vestidos lujosos, los aguinaldos... todo, en una palabra. Vivieran ellos como quisieran, ya que tal era su antojo; pero por lo que á la nieta se refería también doña Julia reclamaba algún derecho sobre ella.

Y sucedió lo que tenía que suceder. Un día fué la nodriza á casa de los Matallana, llevando en sus robustos brazos al tierno retoño; comiósela Rosario á puro besuquear en la chiquilla; don Teodoro, no menos sensible pero más sobre sí, la miraba sin pronunciar una palabra, como si entre la aurora y el ocaso de aquellas dos vidas se le-

vantara un muro de hielo. Cuando Rosario levantándola en alto como á una muñeca, la presentó á su padre para que la besara á su vez, don Teodoro volvió la cabeza como si quisiera así protestar de semejante intrusión en su domicilio; pero allí estaba doña Julia espiándole, la cual al notar el movimiento de su esposo, con voz salda del fondo del alma, como si quisiera oponer á una protesta otra protesta, exclamó con tono de reproche:

—¡Teodoro... que también es nuestra!

Y don Teodoro se dió por vencido. Cogió en sus brazos la minúscula personilla de su nieta y estampó un beso en su cara; pero fué aquel un beso fugitivo y vergonzante. La sensación, sin duda de los ásperos bigotes de Matallana en sus tiernas mejillas hizo prorrumpir en llanto á la niña.

—Tiene razón en llorar—objetó la esposa;—á los niños no se les besa así... ¡Qué culpa tienen ellos!

Y cogiendo á su vez en brazos á la pequeña, ella misma la presentó á los labios de su esposo para que la besara «como Dios manda» según decía ella. Entonces don Teodoro, vencido por el amor de la esposa, besó á su nieta «como manda Dios» no sin que una lágrima titilase en sus pestañas.

Después de aquel día, la niña y el ama volvieron frecuentemente á aquella casa. Y

tras de la hija fué un día la madre; para doña Julia no era una desconocida, pero convenía que la conocieran los demás; era preciso que Matallana se convenciese de que



ella era buena, sensible, abnegada, humilde... que la culpa de todo, en fin, no la tenía ella sino aquel hijo extraviado que de tal modo la tenía sugestionada con sus endiabladas teorías.

Justina se portó como quien era. En aquella casa que no era la suya, ante las miradas escrutadoras del padre de Félix supo ser resignada, prudente; recogida en un rincón de la estancia, medio oculta por la penumbra, asentía á las palabras de los Matallana, pero alzando hasta ellos sus

ojos lípidos y llenos de amor, no tenía en sus labios sino un argumento en el cual se encastillaba como el soldado en su última trinchera.

—«Y si él no quiere ¿qué puedo hacerle yo?... ¿Voy á dejarle...?»

Dejarle, nó; nadie pedía tanto. Pero comoverle, llegar al fondo de su alma, eso sí; convertirle, poner el corazón en los lábios, y si era preciso para atraerle al buen camino fingir el abandono, el desvío, amenazarle hasta con la separación y la ruptura definitiva... Es un recurso que también á veces ha dado resultados excelentes. Intentarlo todo, arrostrarlo todo, por ella, por su propio nombre, por su misma hija.

Animada de las mejores disposiciones salía Justina de casa de los Matallana; pero al llegar á la de la Ruda y volver á ver á Félix, flaqueaba su ánimo, y todo aquel valor de que se creía armada, veníase al suelo como castillo de naipes. Ella lo sabía perfectamente. Con un beso le cortaba Félix toda acción, y al desplegar los labios, con un: «No hablemos de eso, esas son las teorías que te traes de casa de mis padres...» estaba todo terminado. Justina deseaba resistir, aunque ya desde el primer momento se declarase vencida; pero aquel hombre presentaba las cosas del alma como si se tratara de una simple cuenta de la lavandera.

—He dicho que no, y no será mientras no me convenzan de que estoy equivocado; y convencerme lo juzgo un tanto difícil, porque sería como aceptar que dos y dos son cinco. ¿No te quiero? ¿No me quieres? ¿Te crees capaz de abandonarme nunca? ¿Piensas acaso que pueda abandonarte yo? Ni una cosa ni otra; pues... ¿qué más? ¿Es acaso que por que un cura nos lance cuatro latines has de ser tú más mía de lo que eres? ¿Necesito yo tal vez firmar ante nadie una escritura de que he de quererte toda la vida? No, Justina. Podrán obligarnos á vivir unidos, á querernos, no; y ni aún á vivir tampoco, pues para romper esa cadena con la que quieren enlazar-nos, los hombres, esos hombres llenos de fe y de austeridad, inventaron el divorcio, esa puerta de escape con la que dan en las narices al sacramento del matrimonio; señal de que no son ellos tan buenos como parecen, ó que no están convencidos de la excelencia de su sistema. Si tú y yo, por ejemplo, fuéramos por esos mares en un barco sin conocernos; si el barco fuese á estrellarse contra unas rocas; si fuéramos los únicos que del naufragio nos salváramos; si, como Robinsón, diéramos con nuestros huesos en una isla desierta donde no hubiese jueces ni curas; y si allí empezáramos á sentir este amor en que tú y yo nos abrasamos ¿qué haríamos? ¿Contrariar las

leyes de la naturaleza que puso la sed en nuestros labios, y al alcance de la mano el agua con que satisfacerla? ¡Esperar á que otro naufragio hiciese compañeros nuestros de soledad á un cura y un juez para que el uno santificase y el otro legalizase nuestro cariño? ¡Es que se quiere mediante escritura?... Además, en el mundo hay más que Madrid, hay más que España, hay más que Europa: hay países de religión y costumbres completamente distintas de la nuestra; hay países donde viven gentes que no saben lo que es un juez, lo que es un sacerdote, pero gentes que tienen su corazón, que se quieren como tú y yo nos queremos... ¡Qué hacen esos hombres?

—Pues, esos pueblos y esos hombres tendrán sus costumbres y sus leyes distintas á las nuestras, es verdad, pero que ellos las creen inmejorables y las acatan, mientras que tú no acatas ninguna. Hablas de Dios como si no existiera; hablas del alma como si fuera un mito; y esa, Félix, es tu ceguedad. Para querernos, para unirnos, no hemos necesitado de Dios (me dirás); pero es que ahora yo veo, yo siento que lo necesito, como se ven y se sienten esas cosas. Los remordimientos de la conciencia, cuando cometemos una acción mala, nos prueba que hay algo superior á nosotros y á nuestra voluntad; por nuestro gusto no sentimos remordimientos; por nuestro gus-

to no padecería el alma. Y padece, Félix, padece. Yo no sé expresar esas cosas como tú lo haces; yo no puedo convertir las cosas del alma en números, como lo haces tú. Esos hombres salvajes de que hablabas, tan diferentes á nosotros, tienen su religión, tienen su Dios y le rinden adoración y respeto. Yo no los conozco sino de verlos en los grabados de tus libros; pero para rezar todos bajan la cabeza, para pedir todos alzan las manos al cielo; y van más lejos que nosotros, pues muchos se sacrifican ellos mismos en las aras de su dios.

—¿Vas á citarme sus actos de salvajismo?

—Pues que tú me hablabas de los salvajes, de los salvajes te hablo yo también. Creo en tí, Félix, pero creo en Dios, y si en un momento de ciego desvarío caí en tus brazos para no desprenderme de ellos, hoy comprendo que después de dar al amor lo que al amor se debe, debemos dar á Dios lo que es de Dios. Supongo que no querrás creer solamente en el amor carnal: eso no nos uniría tanto como lo estamos; es un amor, al menos el mío, que nació en lo más hondo del alma; hay en él algo que no es material, que pertenece al espíritu... ¡y tú al espíritu no quieres darle nada! En broma ó en serio (no lo sé) me hablas de una isla desierta á donde los dos fuéramos arrojados; pues allí debía ser la unión de nues-

tros destinos hecha con el pensamiento puesto en Dios, que unió á Eva y Adán cuando no había hombres ni sacerdotes, y unidos vivieron y santificada fué su unión, porque lo que Dios junta no puede el hombre separarlo. Tú no ves en el matrimonio otra cosa que un contrato formado por la voluntad libre; pues bien, desde el momento en que esa voluntad se obliga para siempre—porque sinó sería otra cosa tan horrible que ni pensar quiero en ella—desde ese momento existe un contacto tácito, un pacto todo lo libre que tú quieras, pero un compromiso solemne y firme, y desde ese momento además, esa voluntad que ya no nos pertenece, esa voluntad que voluntariamente resignamos, que ya no es nuestra porque no podemos querer y no querer en una cosa tan importante ¿á dónde va? Yo creo firmemente que vuelve á quien nos la prestó, á Dios, que la infundió en nuestra alma como una de sus potencias esenciales... y ya ves cómo por todas partes vamos á parar á lo mismo siempre: á Dios.

—Me parece, Justina, que no eres tú la que me habla sino uno de esos misiioneros que se empeñan en hacernos creer que para dar gusto á Dios hay que privarse de comer cuando se siente hambre y de beber cuando se tiene sed, yendo descalzo por esos mundos y durmiendo sobre

el duro suelo. Eso es una degradación de la dignidad humana, y eso es, lisa y llanamente, un embrutecimiento sin redención. ¡No aseguran que el rey de la creación es el hombre?... Pues como tal debe conducirse y como á tal ser venerado en todo y por todo. ¡Mueves la cabeza?... ¡Dudas acaso?

—No; el que dudas eres tú.

—Yo creo también.

—¿En Dios?

—Es el porvenir.

—Ya lo ves, lo dejas todo... por nada.

—¿Te parece nada el porvenir de la humanidad?

—Ni el porvenir ni el pasado. El alma puede medirlos en un soberano esfuerzo de la voluntad; las almas sólo puede medirlas Dios... ¡Ya ves si hay diferencia!

—Hay que establecer un distingo. El hombre puede bajar al fondo de las almas...

—¿Serías tú capaz de medir la mía?

—La abarco con los ojos del pensamiento.

—¿Y que ves en ella?

—Amor, mucho amor...

—¿Hasta dónde?

—No quiero llegar hasta el fondo porque no quiero pensar que exista.

—Porque no lo hay, porque no lo tiene... ¡Lo ves? ¡lo ves como te estrellas contra lo imposible? Y sin embargo, con ser tan

grande mi amor, con ser tan inmenso que no se agotará jamás, Dios lo ve, Dios lo mide, porque Dios lo sabe.

Y Félix no resistía ya. Declinaba el diálogo en una serie de dulces confesiones, de protestas amorosas, que terminaban siempre con un doble beso en las mejillas de la niña.

—¡Es un angel!—decía la madre poniendo su alma en esta frase;—Anda; tú que niegas á Dios; tú que lo niegas todo.... ¡niega también que es un angel del cielo!

IV

No eran un secreto para los señores de Matallana estas porfiadas luchas ni el empeño incesante de Justina por santificar aquellos amores que tan adentro del alma se les habían metido á los dos. Reconciliábalos esto, en parte, con «la viuda del ingeniero» único nombre que en un principio dieron á la amada de Félix, ó con Justina como, á secas y con más familiaridad la llamaban después don Teodoro y su esposa, los cuales no podían avenirse á darle otro nombre por el que se considerasen unidos á ella. No era su nuera, ni la esposa de Félix; era... Justina, á secas. Se hablaba de ella sin cariño pero sin desdago; comprendíase, á simple vista, que los separaban de ella su situación excepcional y equívoca, y que de buen grado le abrirían los brazos si el muro que los separaba se viniese abajo un día. No desconfiaba Justina de lograrlo, y con la persistencia de la gota que horada la piedra, se proponía abrir camino en aquella alma que ella juzgaba

más bien aletargada que dormida; Félix no era un ser insensible á todo lo que fuese grande, generoso y bello; tardaría más ó menos, pero al cabo esperaba Justina que lograría traerle á puerto de salvación, no por extrañas influencias ni por ajenas predicaciones, sino por íntimo convencimiento de su inteligencia, por necesidad imprescindible de su alma.

La noche en que el hotel de los Matallana abría sus puertas de par en par á lo más dorado de la sociedad madrileña, pasárasela Félix desvelado. Entre manos traía, como compendio y resumen de las ideas por él expuestas en centenares de artículos y docenas de discursos, un libro en que intentaba poner toda la sustancia de su cerebro y toda la fe de que su alma era capaz. No era nuestro hombre un obreiro del pensamiento, ordenado y metódico; había planeado su obra y dividídola en capítulos, pero estos salían lenta y perezosamente. Quería Félix que en ella fuese lo de menos la labor del literato, y la del pensador lo de más, y leía, comparaba, meditaba, andaba al acecho de ideas que se amoldasen á las suyas, á la rebusca de argumentos con que mejor defender sus doctrinas y pulverizar las del adversario; y de ese modo, estudiando hoy una sensación, examinando mañana una teoría, desmenuzando al siguiente día todo un sistema, iba

acumulando en su cerebro los materiales de su obra, dando forma y vida á cada uno de los capítulos que habían de constituirla. Después, cuando ya en la mente tenía almacenado todo lo que pensaba decir y el orden en que lo había de exponer, entonces y sólo entonces era cuando se sentaba á la mesa de estudio, ante el fárrago de las blancas cuartillas; y había de salirle entonces el capítulo entero y de un tirón, redondo y cabal, sin necesidad de otra cosa que tal cual limadura de la frase ó aclaración del concepto. Así iba surgiendo en la mente de Félix y en las cuartillas inmaculadas *La nueva moral*, el libro en que tanto esperaba y en que él creía con la seguridad del iluminado; y ya podía el reloj anunciarle que iban pasadas seis ú ocho horas sobre el papel, pues en circunstancias semejantes perdía Félix toda noción del tiempo y no vivía sino para su libro, para su obra. Justina, entre tanto, cerca de él, no osaba turbar el reposo que exigía el artífice de sus ideas, no se atrevía á pronunciar una palabra ni á interrumpir aquel silencio creador sino con el clava-que-te-clava de la aguja en la blanca tela; de cuando en cuando alzaba los ojos hasta él, pero al mirarle tan absorto en su obra, tan entregado á aquella labor de concepción intelectual sonreía entre gozosa, por el entusiasmo de Félix, y apesarada, por su incesante tarea:

sonreía y tornaba de nuevo á su trabajo, luchando con el sueño y esperando con afán el término de aquella velada.

La de aquel día fué larga y cansada. Era una fría noche de invierno; los cristales aparecían empañados por la helada; sobre la superficie del cristal rodaba alguna que otra gota de agua; el tic-tac del reloj sonaba en la estancia con rumor isócrono, y en el aire, enrarecido por las bocanadas de humo que Félix lanzaba al fumar cigarro tras cigarro, parecía como que pesaba una angustia dolorosa. Así dejaron transcurrir los dos enamorados, las tres de la madrugada, las cuatro...

Alzó, por fin, la cabeza el obrero de la inteligencia, y en sus ojos centelleó una mirada de satisfacción.

—¿Qué hora es? preguntó.

—Las cuatro, respondióle Justina.

—A esta hora abandonarán el hotel de mis padres sus invitados, después de una noche de *gaudeamus* y bailoteo.

—¿Tomarán á menosprecio el que tú no hayas ido allá?

—¡Yo!... ¿Para qué había de ir yo? Ni sus contertulios me verían de buen grado, ni yo podría soportarlos sin un soberano alarde de paciencia y mansedumbre.

—Por Dios, Félix son hombres como tú y como yo.

—No te compares con ellas, Justina.

—¿Soy peor acaso?

—No... Eres de otro modo, y vales más así, ya lo sabes.

—¿Estás seguro de que lo sé?

—Estoy seguro que sabes que cumples una misión en el mundo.

—Como ellos cumplen la suya. No todos hemos nacido para lo mismo.

—Pero hemos venido al mundo para ser útiles á nuestros semejantes y á nosotros mismos, y, á decir verdad, no sé yo qué ventajas pueda reportar á nadie, ni á uno mismo, el agitarse endiabladamente al son de una danza inventada para suplicio del cuerpo y embotamiento de los sentidos.

—A estas horas todo habrá terminado tal vez.

—Acaso no. Son las cuatro, y en estas noches de invierno no amanece hasta las siete; los rezagados y los locos, aun á trueque de perder mañana el apetito y sentir dolores en todas las articulaciones del cuerpo, bailarán, bailarán hasta que sea de día... ó hasta que los echen. Los más morigerados, esos sí, se estarán poniendo, ó dejando que les pongan los abrigo, se taparán bien la boca por temor á los aires de la sierra, se despedirán con calurosos apretones de manos, y se meterán, muy arrebuados, en sus carruajes, sin acordarse siquiera de que hubo quien pasó una noche de perros en el pescante, ó durmiendo en

el estribo para abrirles la portezuela sombrero en mano... Oye... ¿si fuéramos á echar de allí á los perezosos?

—¿Estás loco, Félix?

—¿Por qué? Bien los he dejado divertirse y gozar á sus anchas; ni les he turbado la digestión ni amargado el baile. ¿Tienen derecho á pedirme más? Ahora que la familia empezará á pensar en sí misma después de haber consagrado una noche á los demás, creo que no sería inoportuna ni indiscreta mi visita; sería una visita de familia, de un hijo que va á saludar á su padre, á felicitarle por su instalación en el nuevo hogar, á desearle que lo disfrute largos años.

—Algo tarde es para una visita familiar; pero eso tú lo verás mejor que yo, y si lo crees bien así, puedes ir...

—¿Cómo que *puedo* ir!... Dí más bien que *podemos*. ¿Es acaso la primera vez que os veis ni que os habláis? ¿Es la primera vez que vas á casa de mis padres? ¿O es que en ellos has advertido alguna hostilidad hacia tí?

—Eso no; pero...

—¡Ea! Pues ese será el fin de nuestra velada; una plática de familia. No temas, no nos encontraremos en la escalera con ningún pisaverde que tuerza el gesto ni con ninguna emperejilada marisabidilla que nos haga ascos. Conozco toda la distribución interior

del hotel, y ya que se trata de una visita familiar, subiremos por la escalera pequeña, por la de familia, para no confundirnos con los danzantes... ¿te parece?

—Siempre me parece á mí lo que á tí te parezca. Tu voluntad es la mía, pero temo...

—Descuida. No se abrirán mis labios para una discusión; todo cuanto se me ocurriría hoy, ahí se queda en ese capítulo de mi libro. Felicitaremos al excelente don Teodoro Matallana, le desearemos muchos años de vida... que tengan ellos en el mundo cuanto deseen y nosotros lo nuestro. Nos volvemos á casita con el alba, y aquí paz y después gloria ¿eh? Me parece que no puedo estar ni más comedido ni más juicio.

Así quedó convenido; y era de ver á aquellos dos enamorados, en aquella hora vecina del amanecer, revolver armarios para sacar de ellos las galas que para casos tales se reservaban, galas modestas, sencillas, más propias para ir á un teatro de burgueses que para asistir á una recepción aristocrática.

Fuera, el frío era cortante y helado. Del brazo cogida la amante pareja, prestábanse mútuo calor y procuraban con su andar apresurado hacer menos sensible la acción del cierzo de Enero. Félix se sentía contento y decidior; no había perdido la noche, á su juicio, ya que, después de dar á la inteli-

gencia la expansión que reclamaba, pensaba que era acabar bien la noche, dando á los que queria lo que demandaban los afectos del alma.

Y calle de Toledo abajo, penetraron en la Plaza Mayor, en busca de la Puerta del Sol para tomar la calle de Alcalá.

Algún que otro trasnochador se encontraban en las desiertas calles; los serenos, envueltos en sus ásperos capotes dormían en el quicio de alguna puerta, con el chuzo entre las manos ateridas; más allá, un grupo de golfos engañaba el sueño y el frio acurrucados unos contra otros al amparo del dintel de algún portalón de casa grande... En otras circunstancias, no hubiera dejado Félix de dedicar un párrafo á las desigualdades sociales y al derecho de todos á tomar parte en el festín de la vida; aquella noche no habló de ello una palabra.

Al llegar al hotel de Matallana, dos ó tres coches esperaban aún ante la puerta; ésta arrojaba sobre el arroyo un ancho cuadro de blanquecina luz; unos cuantos hombres, con libreas de diferentes colores, formaban grupo, charlando con voz opaca, con esa voz que produce el cansancio y que delata la falta de interés en el diálogo, sostenido solo por matar el tiempo. Félix y Justina, ó más bien, Félix arrastrando del brazo á Justina, penetraron en el portal.

Amplio era éste y suntuosamente decorado. A unos diez metros de la puerta, comenzaba la ancha y monumental escalera; á uno y otro lado de sus peldaños se alineaban altas estátuas de bronce sosteniendo los incandescentes focos de luz y largas ánforas pintadas, rebosantes de flores y verdor. A la derecha de la escalera, abría-se una ancha puerta de entrepaños delicadamente tallados; Félix la empujó, penetrando en una especie de cuadrado vestíbulo alumbrado misteriosamente por una lámpara de antigua forma y cristales de colores. Sobre un banco de nogal, dormitaba un criado, que al conocer á Félix, levantóse rápidamente, gorra en mano.

—¿Se ha acabado *eso*? preguntó el acompañante de Justina.

—Como acabar, todavía no, señorito, respondió el servidor,—un fornido mocetón,—con marcado acento asturiano; pero pocos deben ya quedar dentro.

Y sin esperar más respuesta, Félix subió una escalera menos alumbrada que la principal y más angosta también; era la escalera de familia.

Cruzó corredores desiertos y habitaciones en cuyo mobiliario y aspecto se advertía bien claramente que estaban reservadas á la intimidad de la familia, hasta que llegando al despacho de don Teodoro penetró en él.

Flotaba en el espacio el humo y el perfume de exquisitos habanos fumados en aquel despacho, y la lámpara que del techo pendía, al esparcir su luz, tenía que filtrar una verdadera nube de color blancuzco y lechoso, á través de la cual se veían como en una penumbra muebles y decorado.

De viejo cuero de Córdoba eran las sillas; la pared aparecía revestida de costosa y oscura madera; en un ángulo, en blanca y mate porcelana de Sevres, el Tiempo, al hombro la guadaña, relataba á la Historia los hechos y acontecimientos de otras edades; en uno de los lienzos de la pared, un Ribera auténtico dejaba ver sus carnes enjutas y su cuerpo acardenalado, con la tranquila serenidad del mártir ó del anacoreta; alineados en enorme estantería, las producciones del ingenio humano que lograron más universal renombre; en el suelo una alfombra de oscuros tonos y menudos cuadros. Esto fué lo que á simple vista percibió la mirada de Justina, que por primera vez entraba en aquel despacho, verdadero *sancta sanctorum* de Matallana. Después, ya cuando sus ojos se hubieron acostumbrado á ver los objetos á través de la blanquecina gasa que el humo formaba, pudo distinguir claramente la escribanía de maciza plata oxidada, la papelera de cincelado bronce, los ceniceros en que campeaban esmaltadas quimeras, y el monumental reloj

que sobre la chimenea se elevaba, coronado por una soberbia ninfa que ofrecía, en lo alto la mano, una entreabierta granada á un pájaro que descendía á picotear en ella. Todo era suntuoso, severo y de un gusto irreprochable; un pesado tapiz cerraba una puerta y dejaba filtrar un rayo de luz vivo y blanco que del exterior llegaba. Félix se acercó á ella y apartó á medias con una mano la cortina.

En un gabinete contiguo, forrado de rojo y que separaba el despacho del espléndido salón de baile, don Teodoro se despedía de dos amigos rezagados. Pudo ver, sin embargo, el rostro de su hijo, al asomar tras la cortina y á él se dirigió apenas aquellos volvieron las espaldas.

—¡Ahí estabas tú? dijo entrando en el despacho.

—Una sorpresa ¿verdad?

—¿De dónde sales ahora, es decir, de dónde salís? porque veo que no estás solo.

—En efecto, he traído conmigo á Justina.

—Pero ¿qué milagro es este?

—¿Milagro? Ninguno; que ustedes trasnochan, que nosotros madrugamos y que nos encontramos en el camino. Hemos querido esperar á que estuvieran ustedes solos, para venir á felicitarles por su instalación en la nueva casa.

—Pues casi casi estamos solos ya. Los

últimos invitados se despiden ahora de tu madre y no han de venir á estorbarnos aquí.

Amplias cortinas de seda recogidas con abrazaderas de cordón de plata ocultaban, á medias nada más, el gran salón. En él se oían aun los cuchicheos de hasta una media docena de personas, destacándose entre aquellas voces las de doña Julita y su hija.

—Si hace usted falta en otra parte...

—Te digo que no. Ahora se despiden las de Quiñones y las de Montálvez, que así se acuerdan de mí en estos momentos como de la hora en que han de morir.

Don Teodoro se equivocaba. De repente las cortinas de blanca seda dieron paso á seis ú ocho mujeres—las señoras citadas por Matallana con sus hijas—las cuales entraron como una aluvión en el gabinete rojo; detrás de ellos llegaban la esposa y la hija del banquero.

Quiso éste ocultar con su fornido cuerpo á la amante pareja, pero fué en vano; Justina quedó colocada en plena luz y Félix á su lado, cohibida aquélla, tranquilo é indiferente éste. Justina, al inclinar la cabeza en actitud de saludar, posó su mirada sobre su traje que por su sencillez contrastaba con los descotados corpiños, adornados de perlas, de aquellas damas del gran mundo, y se sintió por un momento turbada y con-

fusa; quería esconderse y no sabía donde ocultarse. Hubiera dado en aquel instante cualquier cosa porque, á la manera de como sucede á veces en el teatro, el suelo se abriese bajo sus pies para apartarla de allí, pero el suelo permanecía firme, y las escrutadoras miradas de aquellas mujeres, más fijas en ella que en don Teodoro cuya mano estrechaban.

Pasada la primera impresión de rubor, creyó que aquellas gentes eran muy capaces de reirse de ella, si la veían tan cohibida como lugareña que por primera vez pisa una alfombra, y sin orgullo, sin altanería, pero sin afectada modestia, levantó los ojos.

Don Teodoro despedía á las de Quiñones, ésta estrechó la mano del banquero, y mirando á Justina, sin desplegar los labios duramente contraídos, hizo un desdeñoso gesto de despedida que ni siquiera llegó á inclinación de la cabeza. Las niñas de Quiñones ni esto hicieron; Justina, sin embargo, procuró buscar el gesto y la postura más dignos para despedir á aquellas señoras.

Las de Montálvez ni siquiera se preocuparon de ocultar su desvío; con apresuramiento, fijos los ojos en Matallana como si quisieran apartarlos de Félix y su amante, despidiéronse de él, haciendo caso omiso de Justina y volviendo rápidamente las espaldas para depositar en las mejillas de las

señoras de la casa los ósculos de despedida.

Justina se encontraba en la más violenta y desairada de las situaciones; queriendo ocultar su contrariedad y su disgusto, mordíase los labios hasta hacerse sangre; alzabase y deprimíase su seno, delatando bien á las claras la agitación interior que la poseía; en sus ojos, la luz descubría la transparencia de las lágrimas que pugnaban por salir... Félix, en actitud altanera, parecía desafiar la situación.

Entre don Teodoro y ellos establecióse un embarazoso silencio, pues temía el banquero dejar rienda suelta á los reproches y á los agravios.

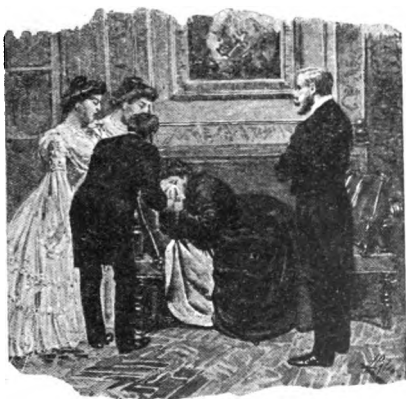
Fué todo ello cuestión de breves minutos, de segundos tal vez. Despidieron doña Julia y Rosario en el vestíbulo á aquellas mujeres, y rápidamente se encaminaron al gabinete rojo, donde continuaba el embarazoso callar de las tres personas allí reunidas.

Doña Julia quiso verter una gota de bálsamo en aquellos corazones lastimados, pero sólo pudo comenzar la pregunta que en sus labios vagaba hacía un momento.

—¿Pero...?

No concluyó. Justina la interrumpió, no con palabras sino con un sollozo hondo, muy hondo, como si en él se le escapara el alma; un sollozo prolongado, continuo,

de tal manera se atropellaban los unos á los otros en su garganta... Félix corrió á sostenerla entre sus brazos, y en ellos continuó aquella protesta sin palabras, aquel gemir profundo... Todos callaban; Justina, deslizándose de los brazos del amante, cayó sobre un sofá con la pesadez de un



cuerpo sin vida, y ocultando su cabeza en uno de los brazos del precioso mueble, siguió sollozando, como encarnación viva del Dolor ó como representación animada del Orgullo vencido ó de la Altivez domada.

COMENZABA á amanecer. La fría y azulada luz de una mañana de invierno empezaba á filtrarse por los cristales, sosteniendo porfiada lucha con la de los focos eléctricos que vertían la suya sobre aquellos salones ahora desiertos y en los cuales flotaban aun los tibios y penetrantes perfumes en oleadas de invisibles átomos...

—Es preciso que esto concluya de una vez y pronto, objetó Félix.

—Eso vengo pensando yo hace mucho tiempo, contestó don Teodoro, y tú deberas de ser el primero en ahorrar á Justina trances como este.

—¿Quiere usted decirme con eso que no vuelva á poner los pies en esta casa?

—Líbreme Dios de semejante cosa. Lo que quiero decir es que esto podrías evitarlo legitimando vuestra unión; de ese modo no padecería su dignidad como ahora.

—¿Es que Justina es menos digna después de tamaña grosería?

—Ahorremos palabras gruesas, Félix.

Cien veces que se encuentre en situación semejante, otras cien veces sufrirá los desvíos de los demás.

—Eso sucederá en el mundo de ustedes...

—Pues como este mundo en el que vivimos yo y el vecino, y el de al lado, y el de más allá, vendrá á resultar que es el de todos. Y una de dos: ó haceis un mundo aparte y os encastillais en vuestra torre de marfil, ó lo que hoy ha sucedido sucederá siempre. ¿Podía yo presentar á Justina á esas señoras?

—¿Vale tal vez menos que ellas?

—No discutamos eso. ¿Con qué nombre querías que la presentase?

—Con el mío; yo se lo doy.

—Para recogerlo cuando mejor te plazca. ¿Es tuya por acaso? Si estais unidos por la voluntad solamente ¿no puede ella mañana dejar de ser tuya? No hablo en el terreno del amor, fíjate bien; planteo el problema en el terreno en que tú presentas estas cosas.

Paseábase Félix á grandes pasos por la estancia como león enjaulado, gemía doña Julia, manteníase Rosario á respetable distancia, y sollozaba Justina osando á penas de cuando en cuando, levantar á Félix los ojos repletos de lágrimas. De pronto éste se inclinó sobre la capa y acomodándosela amoroso sobre los hombros,

—Vamos, le dijo.

Alzóse Justina lenta y pesadamente como abrumada por un dolor infinito, y con dulce displicencia apoyóse en el brazo del que ella juzgaba, en aquellos momentos, su único defensor y su solo amparo.

—Vamos, contestó.

Poco después, cruzaban de nuevo las calles de la villa y corte, pero tan alegre y tan animada como la ida fuera, tan silencioso y triste fué el regreso; de vez en cuando deteníase Justina para dejar con más libertad rienda suelta á los hondos suspiros que la ahogaban y que de su pecho querían escaparse. Félix, contraído el ceño, dura la mirada y los labios apretados no pronunciaba una palabra; parecía que tenían prisa por llegar á aquella casa que hacía esquina á las calles de Toledo y de la Ruda.

Comenzaban á circular los primeros tranvías. Los barrenderos de la villa hacían en las calles la diaria limpieza; desperezábanse los golfos que en los quicios de las puertas habían pasado la noche; tal cual tienda se abría; en una esquina, un grupo de mozos de cordel, cocheros de punto y mozaltones sin oficio ni beneficio tomaba el económico café que por diez céntimos les brindaba el callejero industrial; en otro lado, una madrugadora castañera, arrebuja en oscuros y viejos mantones, atizaba el fuego

de su hornillo... Madrid se despertaba, envuelto en un manto de azulada neblina.

Cuando Félix y Justina llegaron á la calle de la Ruda, comenzaba el ajeteo cotidiano en la Plaza de la Cebada; la mole del mercado se levantaba como una mancha negra, con sus enormes ventanas de medio-punto; las mujeres, tapujadas hasta los ojos, parecían haber perdido toda gracia femenina, todo perfil de seducción; unos cuantos hombres golpeaban el suelo con sus pies para entrar en calor más pronto; unos cuantos carros de legumbres y hortalizas, rodaban sobre el empedrado con ruido entrecortado y duro. Félix no prestó á nada de aquéllo la menor atención. Empujó la puerta, que al salir había dejado entornada nada más, y despacio, para no dar un tropezón ni un mal paso en la obscuridad que al interior reinaba todavía, subieron la estrecha escalera siempre silenciosos.

Dormía la nieta de los Matallana con la más dulce de las sonrisas en los labios, en la cuna inmediata al lecho de la nodriza; esta no se despertó al entrar Justina en el cuarto y coger en brazos á la pequeña. Con ella salió súbitamente al gabinete, y rompiendo en un mar de lágrimas, la besó hasta cansarse, exclamando á cada beso:

—¡Hija mía, hija mía!... ¡Que desgraciados somos!

Luchaba Félix por contener las lágrimas,

apretando una contra otra las mandíbulas y cada vez con mayor fuerza; lloraba la niña por el brusco despertar y los achuchones de su madre, y al fin, pasada aquella primera explosión del sentimiento, el llanto fué más callado, la agitación menos brusca, las palabras más quedamente pronunciadas.

—Oyeme, Justina ¿me quieres cobarde?

—¿Porqué lo dices?

—Porque así como sé que me quieres animoso y fuerte, así te quiero yo á ti fuerte y animosa.

—Pero ¿qué podemos nosotros contra todos?

—Lo podemos todo... y no podemos nada; eso depende de las armas que se empleen.

—¿Cuales emplearás tu para vencerlos á todos?

—El desprecio.

—De poco te sirve; contra el desprecio tuyo se alzarán cien desprecios, mil, un millón, los desprecios de los demás, los desprecios de todo el mundo. ¡Ya ves si la lucha es desigual! Hoy pasó... lo que pasó, en casa de tus padres; mañana sucederá en otro sitio cualquiera.

—No sucederá. Tengo brios y tengo puños para aleccionar á quien olvide las consideraciones que á una mujer le son debidas.

—¡Luchar tú en defensa mía! ¿Y con qué

derecho? ¡Porqué? ¡Por una sonrisa burlesca? ¡Por una mueca desdeñosa? Ya sé que para tí lo soy todo, pero para los demás...

—Los demás te respetarán por los derechos debidos á tu sexo...

—Tal vez sí, acaso nó ¿quién lo sabe? En todo caso nunca seré más que una de tantas á quienes respetan las gentes de corazón, pero á quienes el mundo no está obligado á respetar.

—¿Qué dices?

—Sé que me has comprendido; ¿para qué quieres hacerme hablar más?...

Por primera vez, en las palabras de Justina observaba Félix un dejo amargo de reproche y de dureza... ¡Si que la había comprendido! Pero tan lejos estaba de su pensamiento la idea que palpitaba en las palabras de Justina, que tardó largo tiempo en madurarla y compenetrarse con ella. Un silencio más elocuente que todos los discursos se sucedió, silencio preñado de angustias y zozobras.

—Oyeme, Justina. Por los prejuicios de vuestra educación, por las exigencias mismas de la naturaleza sois las mujeres mucho más predispuestas á la sensibilidad que al discurso sereno y claro. Por encima de todas las miserias y pequeñeces, el pensamiento se eleva siempre y siempre triunfa; es penosa la lucha, como lo son todas las luchas, pero, al cabo, la victoria es tam-

bién grande y á la propia conciencia adquiere el fuerte proporciones gigantescas...

—Si de ese modo discurre, voy á creer que te preocupas más de la propia vanagloria que de otra cosa y que todo lo humillas al empeño de aparecer tú como una excepción, como el hombre perfecto... No quieras arrojar en mi espíritu la duda de si tal conducta obedece á un convencimiento absoluto, ó á un egoismo que en ti no quiero suponer.

—¿Serías capaz de creerlo? ¿No he abandonado posición y fortuna por tu amor?

—¿Y qué más?

—¿No he abandonado á los míos por tu cariño?

—Por mi cariño, no; dí más bien por esas ideas tuyas y entonces tendrás razón. Ni tus padres me han rechazado para hija suya, ni me rechazarían hoy; bien lo sabes. Y no hablemos de sacrificios, no hace falta; ya lo ves, yo soy más desinteresada; no lo regateo, y eso que bien pudiera hacerlo. Vosotros los hombres creéis arriesgarlo todo cuando en realidad no exponéis nada, mientras que nosotros, cuando amamos, creyendo que no exponemos nada, suele suceder que nos encontramos con que lo hemos perdido todo.

—¡Justina!...

—Yo no sé nada de esas cosas que tú tienes en la cabeza; ya lo ves, las acepto

por que son tuyas... ¿Es por que me convencen? No lo sé; mi cerebro no está formado para esas teorías ni para esos discursos; pero lo que si sé, es que si otro cualquiera me las predicase, me parecerían tal vez un verdadero horror. Por esto puedes juzgar de la medida de mi cariño. Pero así como tú te encierras en la soledad de tu pensamiento, y allí con tus ideas discurre y sacas consecuencias, así yo cuando me encierro con mi pensamiento á solas, discurro también y saco mis consecuencias. ¿Valen más las tuyas ó las mías? Para mi valen siempre más las tuyas porque vienen de tí; porque si así no fuese, si se encontrasen solo ideas en frente de ideas, entonces, Félix, estoy segura, guiada por las mías, ni nuestra hija careciera de un nombre como el que tú y yo llevamos, ni nadie osaria hacer bajar la frente ni humillar á Justina de Santurce.

Félix prefirió callar. Era preferible, á juicio suyo, dejar pasar la racha, que la agitación dejase paso al razonamiento tranquilo y ordenado, que la pasión callara y hablara el buen sentido. Acercóse al balcón, y á través de sus cristales púsose á mirar á la calle.

Era dia claro ya. Madrid revivía; la Plaza de la Cebada comenzaba á hervir en gentes de todas clases; los tranvías se deslizaban con ruido igual y monótono sobre

los carriles de acero; los pregones de los vendedores poblaban el aire; abríanse los balcones y cerrábanse las ventanas con ruido de cristales que tiemblan en su asiento; en la esquina un muchacho pegaba un cartel anunciador; las criadas platicaban entre sí ó charlotteaban con las vendedoras; hacia la Catedral dirigíanse algunas señoras con el devocionario en una mano y recogiendo con la otra las faldas lo necesario para librarlas del fango de la calle; los comerciantes colgaban, á las puertas de sus tiendas, los artículos de su comercio; algún escaparate se abría con metálico chirrido... Félix contemplaba ensimismado aquella plétora de vida, pero bien puede asegurarse que no la veía. Su pensamiento volaba muy lejos de aquellos lugares.

Sin duda Justina lo comprendió así. En su corazón, siempre sensible, le roía algo semejante al remordimiento de contradecir á aquel hombre que amaba tanto y que tanto la quería. De puntillas y con la pequeña en brazos, como para no turbar los pensamientos del soñador anarquista, acercóse á él, viniendo á colocarse en el balcón, á su lado, mirándole fijamente, como si esperase una palabra de reconciliación y amor.

No quería ser ella la primera en rendirse, y esperaba que Félix, desarmado por su resignación, por su sumisión absoluta,

al verla á su lado tímida, callada, anhelante, derramaría alguna palabra de consuelo en su alma lacerada que la recogería con la gratitud y la avidez con que la planta agostada recibe la benéfica lluvia. Pero Félix no se movió; más bien parecía no notar su presencia. Y cansada de mirarle sin que á ella volviera sus ojos que Dios sabe porque imaginarios espacios errarían acompañados de aquella mente loca, Justina, contrariada, fijó sus miradas en la calle, en su tráfico cada vez más acentuado, en el ir y venir constante de gentes y carruajes...

En plena calle; dos mujeres se habían enzarzado en agria disputa. A una de ellas parecía á Justina reconocerla; vestía como hija del pueblo, con relativa elegancia, y, en su misma humildad con atisbos y asomos de femenino coquetería; era joven y hermosa, con una hermosura un tanto marchita pero incitante... ¡Vaya si la conocía! Vivía más arriba de su casa en la calle de la Ruda, en un modesto cuartito, en compañía del señor Silverio el albañil, un buen mozo también, «compañero» de Félix en ideas, partidario del amor libre, grande enemigo de la propiedad, de la patria, de la familia... Tenía fina labia el tal Silverio y entre sus compañeros se aseguraba «que iba» para Pablo Iglesias... ¡Vaya si Justina conocía á aquella mujer! No le había hablado nunca, eso no; cono-

cía á Silverio por que alguna vez viniera á casa; él invitara á Félix en determinada ocasión á pronunciar un discurso en el Círculo de que formaba parte; él fué de los que en primera línea le acompañaron al volver aquella noche, después de la conferencia; él fué de los que más le aplaudieron y vitorearon al despedirle, al dejarle en su casa.

... Si, aquella era «la mujer de Silverio». Justina no la conocía por otro nombre ni sabía de ella otra cosa. «Lo demás» se lo imaginaba; no era el de Silverio el primer caso ni seguramente sería el último.

Y la disputa abajo, crecía; las voces subían de tono, las manos amenazaban los ojos. Aquellas dos mujeres no se contentaban con hablar, gesticulaban moviendo todo el cuerpo, adoptando posturas violentas, escorzos de gladiador en lucha; las palabras iban y venían como saetas envenenadas, la gente se había arremolinado...

De pronto una palabra injuriosa, dura, seca, breve, silvante, vibradora, hirió los oídos de Justina no acostumbrados á oírlos. Tapose horrorizada las orejas con las manos... y vió como aquéllas dos mujeres se agitaban con la rabia de desenfrenadas furias. No iba á ella dirigida aquella injuria; pero aún tapados los oídos la sentía en su cara enrojecida silvar una y otra vez, como si un látigo esgrimido por cien manos á un

tiempo, azotase su rostro levantándole rojos verdugones...

Y se apartó de la ventana con asco, mientras Félix indiferente á todo, con los ojos fijos en el espacio, parecía transportado á un mundo ideal en alas de sus ensueños.

VI

No se supo jamás quien lo fué contando ni quien divulgó la noticia, pero ello fué que el desagradable epílogo que había tenido la reunión de los Matallana fué inmediatamente conocido y divulgado entre las numerosas relaciones de estos.

Pacito, el inteligente cronista de salones, fué uno de los primeros en saberlo; no quiso sin embargo, atizar leña al fuego dando al suceso una publicidad poco piadosa. Al fin y al cabo, era buen amigo de Félix; con él había asistido á las aulas siquiera no hubiera pasado del segundo año de derecho, y no era raro verle aparecer por la habitación de la calle de la Ruda alguna que otra tarde en las horas que la redacción le dejaba libres. Estimábase Justina y se complacía en su compañía, porque, al fin y al cabo, el periodista llevábale los ecos de un mundo que era el suyo, aunque de él se hubiera alejado voluntariamente, y oíale Félix con gusto hablar del movimiento literario y artístico, de lo

que este pensaba hacer ó de lo que el otro planeaba.

Cuando supo lo ocurrido en el hotel de don Teodoro, Pacito sintió una verdadera pesadumbre. Habíase aficionado á la buena amistad de aquella pareja que renunciaba á todo y que parecía quererse tanto; con ellos se despojaba de la eterna sonrisa con que se le conocía en los salones, dejaba las almibaradas palabras á un lado, como si tratara del frac ó de la blanca cobarta y charlaban entre sí, de todo y de todos, como buenos camaradas ó amigos de toda la vida.

Dos días iban transcurridos desde el lance del hotel cuando Pacito se enteró de todo é inmediatamente formó el propósito de ir á la calle de la Ruda, con objeto de enterarse por si mismo de cuanto había pasado.

Cuando Justina en persona salió á abrirle la puerta, Félix dormía; las dos noches anteriores no había podido conciliar el sueño, dando vueltas en su mente al epílogo de aquella inauguración memorable para él. Como si el mullido colchón fuese un nuevo lecho de Procusto, agitábase desasosegado y nervioso, sintiendo que por todas partes le punzaba, acribillándole; el hervor de la sangre antojábasele á Félix asaeteamiento implacable que hería sus carnes y que penetraba en su cuerpo... Así

no era posible dormir, y no había dormido en efecto; pero desvelado ya por la noche consagrada al capítulo de «La nueva moral» la tensión de su espíritu y las exigencias de la naturaleza, acabaron al fin al tercer día por dominarle y vencerle, y después de un almuerzo frugalísimo diera en el lecho con sus pobres huesos. Por esta vez el sueño piadoso acudió en su auxilio; era demasiada lucha aquella para que pudiera ser muy prolongada.

Dormía Félix cuando Pacito llegó.

Este advirtió desde luego en el rostro de Justina las marcadas huellas que en él dejaran los sufrimientos de su alma. Su cutis había perdido la frescura y los bellos colores; las líneas de su rostro perdieran la pureza de su lindo óvalo, y parecían distendidas, alargadas... un surco violáceo rodeaba sus ojos.

—Valor, Justina, fué lo primero que Paz le dijo al estrecharle la mano. De los animosos es siempre el triunfo.

—No me falta el valor, amigo Paz, pero á tan rudas pruebas lo veo sometido...

—Pues de ellas es preciso vencer á toda costa. ¿Y Félix? ¿Ha salido?

—No; duerme.

—Eso calmará su natural excitación, y acaso al despertar pueda ver el verdadero estado de las cosas con mayor serenidad y más lucidez.

—¿Sabe usted acaso?...

—Todo, Justina; por eso le recomiendo á usted valor para la lucha.

—¡Luchar! ¿Contra quien?

—Contra Félix y contra todos; contra los que la aman y contra los que la desdennan... Distintas son las armas que unos y otros emplean contra usted; distintas deben ser también las que usted esgrima.

—¿Contra Félix también?

—Los mayores enemigos, Justina, son los que más en el corazón se nos meten, porque con sus seducciones empiezan por desarmarnos. El diablo prefiere las almas... ¡y ya ve usted si es un enemigo mortal!

—¿Va usted á aconsejarme que abandone á Félix, que deje de amarle?

—No, señora; soy su amigo y sé cuanto le ama usted. Eso no daría resultado ninguno.

—Pues de otro modo tampoco veo solución, porque á las primeras de cambio me sale con sus ideas...

—¿Pero qué ideas ni que niño muerto? ¡Si esas no son ideas! ¡Si el menor soplo las barre! Félix es un sabio; convenido. Pero cuentan por ahí que las mayores aberraciones no brotaron de las cabezas de los necios, sino de los privilegiados magines de los hombres de talento.

—Sin embargo, habla con tal seguridad, con un convencimiento tan grande...

—Que á veces se contagia usted misma y acaba por creer que lo blanco es negro... Pero eso depende, únicamente, de que el excesivo amor que usted le tiene le pone una venda ante los ojos y de un soplo apaga la luz de su inteligencia... Le deja usted hablar, se deja usted querer... y eso es todo.

—No, no es todo, Paz, no es todo; tenemos nuestras discusiones, nuestras rencillas...

—Pero vamos á ver, ¿es que un hombre puede impunemente apoderarse de nada que no sea suyo, cogerlo al paso, y decir: —«Esto me pertenece y esto es mio.»? ¡Pues eso es lo que él ha hecho con usted, criatura!

—Está usted equivocado, Aureliano; ¿me tomó él ó me entregué yo?... No lo sé; acaso fueron simultáneas las dos acciones. Lo que puedo asegurar á usted es que el despojado, si despojo ha habido, no se quejó de la usurpación.

—¡Naturalmente! Entre usted en un comercio, hipnotice usted al dueño y podrá desbaliarlo sin la menor protesta por su parte; me parece que me explico con claridad.

—No es ese el caso; yo estaba bien despierta, completamente sobre mí.

—Perdóneme usted. Usted ama á Félix, y el que ama no está nunca seguro de sí

mismo. Ese fué el anestésico que sobre usted obró; el amor, que puso la venda ante sus ojos.

—Pero esa ceguera pudo durar los primeros días, los primeros tiempos de nuestro amor. Después...

—Según sean los que usted llame primeros tiempos del amor. Hay primeros tiempos que duran toda una vida.

—¿Se refiere usted al tiempo que dura el amor? Pues en ese caso el mio es de esos, de los que duran toda la vida, de los eternos.

—No, señora; me refiero á los tiempos en que no se piensa ni se vive si no es para el amor, á los tiempos en que el amor vence á la realidad y esta desaparece á nuestros ojos para no ver sino al ser amado. Cuando la realidad se nos muestra, barriendo de nuestros ojos las telarañas, entonces los primeros tiempos se acabaron y empiezan los segundos, los de la reflexión, los del cálculo sereno, que no excluyen el verdadero amor dígame lo que se quiera; en ese estado está usted, Justina. Ama usted á Félix... ¿no ha de amar-lo? Y le amaré siempre; convenido. Pero ha empezado usted á ver claro, y en usted ha empezado ya la guerra entre lo ideal y lo real ¿no es eso?

—Pues deje usted hablar al ideal por mi boca; el amor sabrá inspirarme.

—Hablaré por la mía la realidad con su prosa monda y lironda; empiece usted.

—Félix me ama y yo le amo; nada me ofreció ni otra cosa le he pedido sino amor. ¿Puedo llamarme á engaño ni acusarle de perjurio?

—No en verdad; pero usted no debe ignorar á lo que se obliga quien bien ama.

—A amar siempre y sobre todo al ser elegido; por ese lado, triunfa Félix.

—No, señora, por ese lado triunfo yo, porque el amor es algo más que ese lazo invisible que une á dos seres; es el afecto sin límite ni medida que se extiende á todo y á todos los órdenes de la vida. El verdadero enamorado ha de espiar todos los deseos de su amada, ha de estar en atisbo de sus anhelos, adivinar sus caprichos para realizarlos antes aún de que se manifiesten, que de esas nonadas y de esas futezas, aunque parezca imposible, se alimenta el amor y por ellas perdura y por ellas sobrevive á través de las prosáicas realidades de la vida.

—Félix se porta así como usted dice.

—¿En todo? ¿Ningún deseo expresado por usted ha encontrado resistencia en él? ¿Por Dios, Justina, que ó su amor le disculpa ó va usted resultando un tanto flaca de memoria!

—Pues bien, ya sé adónde va usted á parar; pero ¿tengo yo derecho á exigir de él

una total abdicación de sus ideas, una renuncia absoluta de sus creencias?

—;Pero si las únicas creencias de él consisten en no tener ninguna!... ¡Si antes que usted le conocí yo! ¡Renunciar á sus creencias! ¡Cuáles son éstas? Ese hombre reniega de la propiedad, pero sin embargo la llama á usted suya; no cree en la familia y se crea una; no cree en la patria y busca el modo de levantar á la nuestra de su prostración y abatimiento... ¿Cree ó no cree? Si cree habrá que juzgarle como un impostor á sabiendas, cosa que ni usted ni yo admitimos; si no cree hay que confesar que nuestro sabihondo don Félix Matallana es una contradicción andante y viviente. El va por esos mundos predicando la guerra santa contra todo lo existente y establecido, luchando contra el sórdido egoísmo de los demás y nos resulta, él el primero, un egoísta de tomo y lomo que por no renunciar á sus ideas sacrifica la tranquilidad y la fama de una mujer. Y conste que digo «sus ideas» por llamarles de algún modo, pues tanto pueden ser suyas, como mías, como del vecino de al lado; pero, en fin, admitamos que sean suyas. El predica contra la explotación de los de abajo; pero ¿y la explotación de los de arriba? Porque la hay, Justina, la hay, aunque con diversos nombres. Usted misma es un ejemplo de ello; usted, aunque la afirmación le parez-

ca un poco dura, y la ofenda y la lastime— pido su perdón por adelantado,—usted no es más que una mujer explotada por Félix... Me explicaré, y perdóneme que ahogue en sus labios la protesta. La explotación puede obedecer á un fin moral como á un fin material; los patronos explotan á los obreros, según él dice, para lucrarse de ellos y con su trabajo acumular sus tesoros; pero figúrese usted que él no busca otro capital que la difusión de esas ideas que predica y que á ese interés lo subordina todo, y la magnetiza á usted y de usted se apodera, y la presenta al mundo como el mejor ejemplo y testigo de la firmeza inquebrantable de sus creencias. Y sin darse usted misma de ello cuenta exacta, sin quererlo él seguramente y sin sospecharlo siquiera, usted, criatura de espíritu cultivado, usted, una dama nacida en limpios y honrados pañales, usted, educada en el santo temor de Dios, viene á ser la bandera de combate de los que predicán la libertad del Amor. Para la escuela, para la secta, es un reclamo de primer orden, y ya pueden caer la hija del carbonero de la esquina, la esposa del carnicero de al lado, y ésta, la otra y la de más allá... No han de caer de tan alto ni han de llamar tanto la atención de las gentes. Toda causa, para hacer prosélitos, necesita una bandera que flote al viento, que sea vista por todos y mejor cuanto más

alta; á las ideas que germinan en el alma hay que simbolizarlas en algo... Perdóneme usted la crudeza de la expresión; creo como buen amigo suyo, que es llegada la hora de hablar claro y sin rodeos, ya que no es usted ninguna colegiala que no se atreve á mirar frente á frente las miserias de la realidad. ¿No le parece á usted que es una explotación moral como otra cualquiera la que Félix puede hacer, y acaso hace, de su amor? Claro está que él no lo cree así, que no piensa en ello, que se sublevará ante esta idea; pero tampoco cree el millonario que hace mal en amontonar sus tesoros, no piensa que aquello no le pertenece legítimamente, y al que se atreva á llamarle usurpador de lo ajeno, lo envolverá en papel sellado y le meterá bonitamente de patitas en la cárcel. ¿No le parece á usted que la realidad brutal y descarnada es esa?

—¡Oh! Eso es cruel y estoy segura de que Félix no ha pensado jamás en cosa semejante.

—Ya lo sé. Pero usted sí, debe pensar para comprender su verdadera situación y pensar que en el mundo hay más que generosidad y desinterés. No basta saber cómo uno piensa; es preciso saber cómo pueden pensar los otros.

—¿Va usted á continuar por el camino emprendido?

—Si de alguna utilidad pudiera serle, lo haría con mucho gusto; estoy aun en el principio.

—¿Tanto le resta á usted que decir?

—Félix es un enemigo de la propiedad; todo es de todos, todo debe ser para todos, según él. Pues bien, él le llama á usted suya y la considera como á una propiedad indiscutible é inalienable. Que pruebe alguien á llevársela de su lado y capaz será de matarle en desafío. Es otra de las aberraciones y otro de los contrasentidos en que abundan los que piensan como él. «La esclavitud, el servilismo, el derecho de muerte de los antiguos patriarcas y jefes de familia latinos sobre sus hijos—dicen ellos—fueron formas de la propiedad». Y se confunde el servilismo con el afecto, la esclavitud con los lazos de la familia; del mismo modo esos hombres, si fueran lógicos, debieran decir que el amor abnegado, la adhesión que brota del alma son otras tantas formas de la propiedad. Si, Justina; usted es esclava suya. Ciertamente es que puede recobrar su libertad cuando mejor le plazca, ya que ninguna bendición los une ni los junta ninguna escritura; pero pruebe usted á desprenderse de él, y entonces aparecerá «el amo», el amo que la quiere para sí solo, el amo que la disputa con uñas y dientes á los demás, el que le impone á usted la mayor de las servidumbres, la del pensamien-

to, pues que la obliga á usted á pensar como él ó á creer que piensa como él. ¿No se ve tan claro como el día? A veces soñará usted con la reconquista del afecto y la consideración de las gentes; pero ese hombre, á pretexto de su amor y de sus ideas, se levanta entre usted y sus anhelos... y no puede ser. El amo lo ordena; el amo lo quiere; para dominar sobre su cuerpo empezó por dominar sobre su alma y así se considera más seguro de poseerla eternamente. ¿Qué más? Ellos dicen que por todas partes está escrita con lágrimas y con sangre la historia de la propiedad. En la de usted no cabe dudar que hay una parte escrita con lágrimas. Que otro se interponga entre ustedes, que intente llevarse lo que Félix tiene por suyo, á pesar de que él diga que todo es de todos, y entonces aparecerá la segunda parte de esa historia, la escrita con sangre. Pero pregúntele usted, y le contestará que el subordinar la mujer al marido debiéndole obediencia, no es otra cosa que la sanción de la propiedad, de la posesión del ser débil por el fuerte...

—¡Pero si esa obediencia es natural! ¡Si para el que ama es hasta dulce y hermosa!

—Pues váyale usted á él con esas historias y le dirá que eso es antihumano, que no es más que otra forma de la esclavitud; y le dirá que él la quiere á usted libre, libre como el aire... á condición, por supuesto,

de que siga siendo suya, porque en todas estas cosas las contradicciones, como las cerezas, salen enredadas las unas en las otras.

—Es desconsolador todo cuanto usted está exponiendo.

—Déjeme usted concluir. Ya veremos al final donde está el consuelo; el cirujano no es un carnicero, pues aunque corta en la carne y raja y desgarrar, su fin es el de curar el mal de raíz ahondando en él; el uno destruye, el otro restaura; el uno da la muerte, el otro da la vida.

—¿Y ahora ejerce usted de cirujano?

—Con toda la buena voluntad que usted pueda suponer en un amigo verdadero para devolverle la salud del alma.

—Siga usted, Paz. Por lo menos me entretiene su conversación.

—Espero que no sólo ha de entretenerla, sino que la convencerá además. Y vamos con la familia. La familia no existe, dicen ellos, y se crea cada cual una familia muy á su gusto, cuando no se crean más, sin dar cuenta de ello al juez ni al cura, pero se la crean y por calles se les ve con sus hijos, con sus mujeres, hasta con sus suegros... por llamarles de algún modo. Yo pudiera señalarle algunos; pero ¿para qué convencerla de lo que está usted plenamente convencida? ¿Qué es la familia, sino la reproducción de un ser en otro ser,

la vida en común con los que se ama, con los que el corazón elige?... ¡Y la familia no existe? ¡Ya ve usted qué aberración tan grande! Pero era preciso declararlo así para proclamar la libertad del amor y para renegar de la autoridad, como si un cabeza de familia no fuese al fin y al cabo una autoridad en el hogar doméstico. Sin embargo, hábleles usted de sus hijos, de sus padres, para anonadarles y confundirles; ellos saldrán por el registro de afirmar que todos los viejos son nuestros padres, todos los niños son nuestros hijos y todos los hombres nuestros hermanos. Eso es muy hermoso, es verdad; pero es muy hermoso porque no lo han inventado ellos: es el «amáos los unos á los otros» de Jesucristo, es el reinado del amor en el mundo, pero del amor puro, santificado, del que nos hace amar á nuestros semejantes como á hijos todos de un mismo padre celestial; no porque sean hijos del hombre, sino por que son hijos de Dios. Quieren la uniformidad del amor y eso es imposible; nadie lloró á Cristo al pie de la cruz con tan amargas lágrimas como la Virgen María. El reinado de la Caridad es cosa dulce y sublime, pero de esto á exigirnos que miremos á los hijos de los otros como nuestros propios hijos hay un abismo. Una madre es siempre una madre; no olvide usted lo del famoso juicio de Salomón en que es-

te conoció á la madre verdadera por su resistencia en que se diese muerte al niño en litigio; por la otra, por la que no era su madre ¡aquel rey hubiera hecho matar á la inocente criatura! Pues bien, que le dijieran á aquella madre que todos los niños son tan hijos nuestros como los que llevan nuestra propia sangre; que le dijieran á esa mujer que todas las madres son igualmente madres de todos los niños... Mentira, Justina, mentira. La familia existe desde el principio del mundo, pero también es verdad que en los comienzos de él Cain mató á su hermano. El amor, como la caridad, es un afecto del alma, una emanación divina, y no se rige por leyes humanas ni los hombres somos nadie para imponerlo por medio de capítulos y artículos en una ley ó en un decreto. Dicen ellos que el mundo está lleno de convencionalismos que es preciso desterrar... ¿y con qué van á sustituirlos? Con otra serie de convencionalismos infinitamente más absurdos mucho más repulsivos y repugnantes. Pretenden derribar á Dios de su trono para sentarse ellos en él, ni más ni menos que los mendigos se gozan en manchar con sus sucios harapos la blanca seda de aquel que les tiende la mano para socorrerlos... No quieren las cadenas espirituales, que ni siquiera dejan surcos en la piel y se forjan ellos otras que destrozan el alma y la car-

ne... Predican la libertad suma, y esa libertad consiste en encadenar á los otros al yugo de su capricho ó de su vanidad. Ya ve usted; hasta ahora no he hablado nada contra Félix. Es amigo mío, es un hombre honrado y le creo un convencido; pero no hay que olvidar que la obsesión tiene también todos los caracteres del convencimiento, y es sin embargo, una cosa muy distinta. «Libertad á troche y moche, libertad á todo trapo, para él, para usted, para todos... y lo único que en realidad se persigue es librarse uno del peso de la cadena para arrollarla al cuello de los demás. Usted es feliz porque ama á Félix; perfectamente. Pero dentro de ese mismo amor ¿no sería usted infinitamente más feliz si pudiera llamarse su esposa, aunque esto implicase algo de servidumbre y de esclavitud? Esclavo por esclavo, siempre el que gime en una mazmorra, sin luz y sin aire, ha de envidiar al cautivo en jaula de oro... Y aquí la esclavitud es la misma, peor aún; más estrecha, más dura y sufrida entre cuatro rejas de hierro mohoso y negro que no lleva ni la salud al cuerpo ni la alegría al alma. Usted, esposa de Félix ¿sería menos feliz que ahora? Usted, amante suya ¿es más libre por eso? Usted, pudiendo pasearse de su brazo á los ojos de todo el mundo ¿sería menos dichosa que ocultando su amor entre estas cuatro paredes? Usted,

respetada, considerada por todo el mundo, viendo abrirse á su llamamiento todas las puertas ¿no sería infinitamente más venturosa que viéndose mirada con prevención, con recelo, señalada como algo peligroso y cuyo contacto se esquivaba?

—Si, Paz, tiene usted razón. Ese sería mi ideal, ese mi sueño dorado; pero...

—Ya nos salió el eterno *pero* á la palestra. Pero... ama usted á Félix y tiene miedo de perder su amor. Pues bien, no lo perderá usted, porque ese mismo miedo lo siente él. Es cuestión de probarlo y se verá entonces si digo verdad ó no. Desde los tiempos de Eva, la mujer fué siempre la más fuerte ¿sepa usted serlo ahora, si no por sí misma, al menos por su hija! Ríase de altruismos que en el fondo no son otra cosa que egoismos refinados, y bravée la tempestad y triunfará usted. Además ¿qué altruismo más hermoso que sacrificarse por esa bendición del cielo que alegrará sus días? Piense usted si todas las absurdas teorías de Félix valen una sola lágrima de su hija...

—¿Es el recurso supremo á que usted apela?

—No, es uno de tantos como vienen en defensa mía y en contra de Félix. Ya ve usted que hasta ahora he dejado callar al sentimiento y que solo habló el cerebro; pero el hombre no es todo cerebro, es co-

razón también y hay que darle al corazón lo que él exige... ¡Y qué dirá el de usted cuando esa niña inocente, virgen aún de ideas su cerebro, no sepa decir á sus amiguitas—si las tiene—cómo se llama ni qué nombre le dió su padre? ¡Qué dirá el corazón de usted, cuando por no querer admitir la autoridad de un Dios que hasta los salvajes admiten, su pobre hija se encuentre expuesta á ser el blanco de las chacotas y de los desprecios de las gentes? Hay que pensar en esto y huir de ello; como antaño se huía de los apestados y de los leprosos, se huye hoy de los que no tienen un nombre ó no son fruto de un amor puro y honrado, porque amor que no sabe sacrificar por el bien de los amados, conveniencias, reposo, ideales, egoismos, ese es un amor disfrazado, un amor indigno de llamarse tal, pues el amor verdadero se traduce precisamente en beneficios, en abnegación, en olvido de sí mismo por los demás. ¡Ha hecho Félix algo de esto por su hija? Y conste que ya no hablo de usted sino de ella. A usted todavía la admitieron y la reciben en el hotel de Matallana; es usted la amada del hijo, la hija del doctor Santurce, la viuda de Beraza... puede usted volver al buen camino; pero su hija no puede decir sino que es un fruto del amor como tantas otras que por ahí andan sin nombre conocido.

El amor es el padre de todos, pero no dá nombre á nadie, y sin un nombre honrado y digno su hija no será la esposa de nadie, nadie la prestará oídos, y por el fatal altruismo de su padre, por no dar su brazo á torcer en cosa tan baladí como son las ideas que con el transcurso del tiempo se transforman y modifican radicalmente, resultará en definitiva que ustedes no habrán hecho bien á nadie, no habrán prestado ningún servicio á la humanidad que seguirá indiferente su camino sin acordarse de ustedes, pero habrán legado al mundo una criatura sin nombre, sin fortuna, sin medios de defensa en esta ruda batalla de la vida.

—Calle usted, por Dios, Aureliano. Eso que usted dice es una cosa horrible.

—No tengo yo la culpa de que sea verdad.

—Todo menos eso.

—En manos de usted está el lograrlo.

—Pero ¿cómo, cómo, Dios mío?

—Usted verá el medio mejor de conseguirlo; yo me he propuesto únicamente hacer caer la venda de sus ojos, enseñarle el verdadero camino. No soy apóstol ni misionero; soy un hombre de mi tiempo y un hombre que lamenta el verles á ustedes metidos en extraviados senderos. Les señalo el verdadero y les digo: «por ahí.»

El seguirlo despues, es asunto de ustedes y no mío.

—Pero no me abandone usted en este trance...

—Perdón, Justina. Siento que Félix se ha despertado; yo no debo hablar con él de estos asuntos. Es preciso que él vea que toda resolución ha partido de usted, que cualquiera determinación que usted adopte la ha tomado libre y espontáneamente. De otro modo lo echaríamos todo á perder.

—Prométeme usted al menos sostenerme en esta lucha tan desigual para mí.

—Se lo prometo.

—¡Gracias, gracias!...

Y Justina estrechó con efusión entre sus manos la de aquel periodista de quien era fama que escribía sus artículos y crónicas de salones mojando la pluma en esencia de violetas, al mismo tiempo que Félix, perezoso y soñoliento todavía, penetraba en la habitación.

Levantóse el periodista á fin de disimular mejor aquel apretón de manos, y cogió su sombrero.

—¿Te vas ahora que vengo yo? preguntó Félix.

—Sí; en este instante me despedía de Justina.

—Pero espera, hombre, espera.

—Imposible, chico. Tengo que vestirme

aún para un «five o'clock», no es culpa mía si eres un dormilón empedernido.

—Tú siempre entre encajes y perfumes...

—Cumplo mi misión; pero ten la seguridad de que si ella fuese como la tuya, redimir á la humanidad, no me dormiría sino con un ojo; no viniese el diablo, entre sueños y me echara á rodar en una hora la labor de toda una vida.

Y dando á Félix una palmada en el hombro, alejóse por el pasillo, saliendo poco después á la calle de Toledo.

VII

No era que Justina ignorase nada de cuanto Pacito le dijera, pero la claridad y la sinceridad con que éste le expuso todo el horror de su situación acabaron por decidirla. Ella importaba poco; á no tratarse sino de ella, hubiérase dejado arrastrar por la corriente, no hubiera tenido ánimos para la lucha, porque tendría que luchar contra Félix y ante él se sentía débil y dispuesta á deponer las armas. Pero tratábase de su hija, y ante este solo recuerdo su ser todo se estremecía y del fondo de su alma se levantaban mundos de energías y alientos, de arrestos y bríos con los que ni siquiera había soñado nunca.

«Si Félix la amaba de veras ya la buscaría y por volverla á lograr arrollaría por todo, transigiría con todo. ¡No le había dicho cien y cien veces que ella lo era todo para él! Pues el todo por el todo; hora era ya de jugarlo. Pero ¡y si en la demanda sucumbía! ¡Si las fuerzas la abandonaban en el instante supremo! ¡Ah! Para el caso en

que esto sucediese, tenía á su lado á su hija, á aquel pequeño ser que era su escudo y con el cual se juzgaba invulnerable para los más recios combates.»

La resolución estaba tomada; era preciso y sería. A veces sentía Justina horror de sí misma, al volver los ojos al pasado; niña mimada é inocente, pasara de los brazos de su madre á los del esposo amado que con ella compartió nombre, hogar y fortuna; y antes y después de su matrimonio, veíase rodeada de solícitas atenciones por parte de propios y extraños, agasajada y querida, llevada en volandas y en todas partes admitida. ¿Y ahora?... Rebuscaba en su memoria y volvía á encontrar en ella la dulce sonrisa de su madre al verla festejada, requerida por todos; veíase ella misma radiante de alegría, de felicidad y de juventud, pletórica de belleza y de seducciones, más hermosa cuanto más agasajada, más seductora cuanto más querida; era aquel encanto algo así como una luz interior que irradiaba de su alma y la transfiguraba, embelleciéndola. Pocos años habían pasado desde aquello y le parecía, no obstante, que todo estaba lejos ya ¡muy lejos! En cambio tendía su mirada al porvenir y parecíale que de un momento á otro aquel capullo de niña iba á transformarse en una mujercita inteligente y avispada, muy bella, mucho más de lo que su

madre había sido ¡tenía que ver! No sólo no la aventajaba ninguna, pero ni siquiera la igualaba. ¡Y para ella no habría respetos, agasajos, sonrisas, dulzuras, felicidades ni alegrías! ¡Habría de vivir cosida á las faldas de su madre porque ante ella se cerrasen las puertas todas, por que no la admitiesen en parte alguna! ¡Eso si que no! Pensando en esto, encogíase el corazón de Justina como bajo la presión de una mano enérgica y brutal que lo apretase y estrujase hasta hacerle brotar sangre... Paz tenía razón; ¿qué sabía ella de problemas sociales, de redenciones, ni de altruismos? Aun concediéndose á las ideas de Félix todo lo que buenamente concedérseles podía ¿con que derecho iba él, en nombre de tales ideas, á sacrificar aquella criatura, inocente de todas las miserias del mundo é ignorante de ellas? Enhorabuena que el matrimonio no fuera una cosa perfecta, según Félix aseguraba; pero por lo menos hasta ahora era el estado más perfecto y no pudo ser sustituido con otra cosa mejor... Estaba decidida; aunque destrozase su corazón, aunque destrozase el de Félix, todo lo daría por bien empleado con tal de salvar á su hija.

Hasta aquí su resolución era inquebrantable y no le asaltaba la menor duda; pero ¿y el medio de llevar á la práctica sus propósitos? ¡Abordaría el peligro de frente ex-

poniendo á Félix todo lo que pensara y todo lo que había meditado? Ante esta idea se sentía temerosa y flaqueaba su espíritu. A pesar de todo su amor de madre, se sentía débil ante aquel hombre y era muy de temer que sus resoluciones no pasasen de buenos propósitos ó que terminasen en un aplazamiento otorgado entre un sollozo y un beso. A la sola idea de encontrarse frente á frente de Félix, abordando de lleno acaso el asunto más difícil de su vida, se sentía cobarde, sin fuerzas, abandonada por todo su valor, vencida, en una palabra.

En estas indecisiones se pasaron dos días. En vano Félix la interrogaba, en vano le preguntaba cuáles eran las preocupaciones que en ella advertía y que en su rostro veía reflejarse con igual claridad que en un espejo. Justina no contestaba, ó se disculpaba diciendo que todo ello no era otra cosa que un ligero malestar que como amargo poso habían dejado en su ánimo los pasados sucesos. A veces, despertábase Félix de noche y sorprendíala á ella despierta también y bañado en lágrimas el rostro. Empezó á creer que el histerismo comenzaba en ella á hacer sus estragos, pues sólo veía los efectos en el cuerpo, no las causas en el alma.

Una tarde, pocos días después de la entrevista con Pacito, hallábase sola Justina

en la casa de la calle de la Ruda; sentada al balcón que da á la calle de Toledo, miraba al cielo, pensando en lo que era ya su obsesión constante, su idea fija, en aquella pequeñuela que en los brazos sostenía, cuando un golpe breve y blando, dado á la puerta, la estremeció desde los pies á la cabeza, pues con los oídos en acecho y el espíritu en violenta tensión, el menor ruido la sobresaltaba desde hacía algunos días. Acudió ligera á la puerta; una niña, liarapienta y sucia como tantas otras que á la misma puerta habían llamado, demandaba una limosna; tendría trece años á lo sumo, y pedía para ella y sus hermanos. Siempre había creído Justina en la miseria, y siempre había acudido á remediarla sin preguntar sus causas. Aquel día, sin embargo, fué mujer, fué curiosa y preguntó.

Era la historia de aquellas infortunadas, la de tantas otras criaturas que vagan por el mundo sin amparo y sin arrimo, hijas de una pasión del momento y abandonadas después por sus padres. La historia de siempre: primero el abandono de la madre, después el de las hijas por no poder atender á su sustento la misma que les diera el ser. En las entrecortadas y mal coordinadas palabras de la chiquilla se adivinaba todo un drama; con las sobras de su comida mitigó Justina el hambre de aquellos infelices, y á manos de ellos fué á parar el

escaso caudal que en el fondo del bolsillo tenía. Hoy por tí, mañana por mí... «¡Por mí!» Es decir, por su hija... pensaba ella con horror y espanto.

Cierto que ella poseía lo suficiente para asegurar el porvenir material de su hija. Pero ¿constaba siquiera que fuese hija suya? Y cuando ella llegase á dejar este mundo ¿no disputarían sus parientes aquella presa á la pobre niña incapaz de defenderla? No se le ocultaba que los Matallanas, que conocían su historia, querían á la pequeña; pero ellos iban camino de la vejez, Félix entendía que la herencia era una usurpación, Rosario se casaría, pues era al fin un buen partido... ¿Y su hija, la hija de su alma, iba á vivir de la caridad, de sus parientes, es cierto, pero caridad al fin? ¿O llegaría á andar de puerta en puerta, andrajosa y miserable como aquellas otras infelices que acababa de socorrer?

Aquella consideración la decidió por completo. Dejó en la cuna á la chiquilla, y vistiéndose un traje de calle, modesto, sencillo y obscuro, parecía transformada. Vestíase con apresuramiento, como si cien ojos fuesen á caer sobre ella para delatarla, como si cien manos fuesen á hacer presa en ella para detenerla... ¿Adónde iba? Lo ignoraba, pero lo importante era huir. Por un momento parecióle que al abandonar aquella casa donde tan feliz había sido, huía

del envilecimiento, de la deshonra, de la miseria... Una amplia capa gris envolvía su cuerpo; un sencillo velo cubría su cabeza. Para lo que ella necesitaba había en casa lo bastante; tiró del cajón de la mesa



de Félix y extrajo unos cuantos billetes del Banco. Poca cosa era, pero aun así y todo parecía que aquel dinero quemaba sus manos; vaciló un rato antes de guardarlo en su

limosnera. Por fin, con la premura del ladrón y mirando á todas partes sin ver, con los ojos empañados en lágrimas, cogió á su hija, cubrióla de besos tan largos y tan rápidos que á la misma chiquilla admiraron y salió con su preciosa carga á la calle.

Y en plena plaza de la Cebada se detuvo, como el pájaro que acostumbrado á la jaula no puede volar, una vez fuera de ella, ni puede apreciar para qué sirve la libertad que se le concede. El mundo daba vueltas en torno de ella; comenzaban los faroles del alumbrado público á extender su luz; en el cielo había aún la claridad suficiente para luchar con ventaja con la luz artificial; volvían los obreros de su trabajo cotidiano; la plazuela de San Millán, la calle de la Ruda, la de las Maldonadas, todas aquellas que aflúan á la Plaza de la Cebada, eran un hervidero de gentes de todas clases y condiciones; aquel ir y venir, aquel ruido, aquella confusión mareaban á Justina; sentíase desfallecer, próxima á caer desvanecida; apretó muy fuertemente bajo la capa y contra su pecho á la hija, para caer unida á ella; pero todo fué cosa de un momento. Pasóse la mano por la frente, que manaba un sudor frío y esperó á pie quieto; casas y luces fueron recobrando poco á poco su inmovilidad; su cerebro empezó á ver más claro, sus ojos vieron los objetos más distintos y no ya envueltos en la penumbra

que precede á los desmayos... Volvía á ser la mujer fuerte y animosa...

¿Y ahora?

Félix no tardaría en volver, y llegaría seguramente por la calle de Toledo arriba; la nodriza volvería en breve de la Ribera de Curtidores, donde vivían sus padres, unos pobres menestrales á cuyo sustento ayudaba con sus ganancias... Torcer á la derecha, era imposible sin riesgo de encontrarse con la nodriza; marchar de frente, era ir en busca de Félix... Justina se lanzó. Sólo le quedaba un camino, y allá se fué por la plaza del Humilladero y la calle de San Pedro abajo... La obscuridad era cada vez mayor, pero ya nada era capaz de contener á Justina... Parecía como poseída de un extraño vértigo, y no hacía alto ni paraba mientes en todos aquellos que se quedaban mirándola, al pasar, por lo acelerado de su paso en tal punto y á tal hora.

VIII

CREYÓ Félix que iba á volverse loco cuando acabó por convencerse de la partida de Justina; atribuyó en un principio su ausencia á cualquiera repentina necesidad y presumió que aquella sería de muy escasa duración. La hora de la comida estaba al sonar y el fogón encendido; no era cosa por lo tanto, de impacientarse tan pronto. Pero sonaron las siete... y las ocho... y la amada compañera no parecía; fué entonces cuando en su corazón comenzó á hincar el diente la sospecha y la duda. De alto á bajo paseábase por la casa, silencioso unas veces, interrogando otras á la nodriza que sabía menos que él, pues en el portal tuviera que esperarle para poder entrar en la casa. Su agitación y su ansiedad iban en aumento y para calmarla un tanto asomóse al balcón en espera de Justina. Desde él veía pasar á las gentes, animadas y alegres, con dirección al vecino teatro de Novedades; la entrada de éste resplandecía de luz; hombres y mujeres de los barrios bajos entra-

ban, alegres y decidores, en el iluminado recinto, y Félix podía ver sus semblantes regocijados y anhelosos, al pasar bajo el farolón colocado á la puerta del teatro. Cien veces los había visto entrar y otras tantas salir en sus noches de desvelo; eran las gentes buenas y sencillas, los hijos del trabajo, por cuya redención él luchaba con todas sus fuerzas y en cuyos destinos creía con la fé del iluminado; gentes que se conmovían fácilmente ante las explosiones de la pasión, capaces de producir generaciones de mártires ó de revolucionarios según la fuerza que los impulsara.

La de aquella noche era una de esas obras demoledoras, anárquicas, en que nada se respeta de lo humano ni de lo divino; obra escrita expresamente para impresionar el alma de las muchedumbres. Pensaba Félix asistir á su estreno y gozarse en el espectáculo de aquel pueblo pendiente de las enseñanzas y predicaciones del dramaturgo; había asistido á los ensayos y conocía la obra como se conocen esta clase de producciones en la semi-obscuridad de un teatro de día, con el gangoso y cansado repasar de los papeles, teniendo por toda escena las desnudas paredés, cuatro trastos polvorientos arrimados al fondo; y á derecha é izquierda asomando los recortados bastidores de «selva» ó «casa pobre.» Había sin embargo, penetrado en la entraña

de la obra, é imaginábase el efecto que ella produciría á plena luz, montada con todo lo necesario y declamada con la pasión y la vehemencia que las situaciones requirían; sería un éxito á no dudarlo, y una piedra más para el monumento de la regeneración con que él soñaba... cuando en tales cosas podía pensar, pues en aquellos momentos, obsesionado por la idea de la ausencia de Justina no tenía pensamiento sino para ella. Sus ojos, sí, veían entrar en tropel á los concurrentes al teatro, pero su imaginación estaba muy lejos; vagaba por todas partes y no se encontraba realmente en ninguna.

El aire fresco de la noche le permitió coordinar mejor sus ideas. ¿Se trataba, realmente, de una fuga? Esta sospecha, que en un principio se había aferrado á su imaginación, iba perdiendo terreno poco á poco. No podía ser; ella no podía criar á su hija y se hubiera llevado consigo la nodriza; además le hubiera dejado escritas cuatro letras comunicándole su resolución. Félix creía de buena fe que todos los que se fugan se portan así. Además ¿adonde iría ella? La idea de que se hubiera ausentado de Madrid la rechazaba de plano; sabía cuanto le amaba Justina y no creía que pudiese poner mucha tierra de por medio. ¿Y en Madrid?... El no le conocía amiga ninguna; desde que entre ellos había co-

menzado aquel género de vida, Justina había roto con todas sus antiguas amistades, prefiriendo tomarles en esto la delantera... Después de la meditación entraba en sus solilóquios la parte sentimental, y en esta desde luego, triunfaba él por entero. Fuera convencimiento íntimo, fuera presunción varonil, fuera una y otra cosa á la vez, Félix estaba seguro de que su amada volvería y volvería pronto, acaso antes de que la noche terminase, si había apelado á la fuga... Pero, fuga ¿porqué? El repasaba mentalmente los sucesos de aquellos días. Cierto que le llegara á lo vivo lo acaecido en casa de sus padres, pero con el tiempo que desde aquello había pasado, parecía haber vuelto á resignarse con su condición y su destino. No comprendía Félix que por tal cosa le abandonara; á lo sumo, á lo sumo admitía alguna ligera travesurilla, una escapatoria de unas cuantas horas para probarle. La esperaba, pues, seguro de su vuelta, tan seguro como era noche cerrada y él estaba allí.

Con esta esperanza aumentó su tranquilidad. Volvería. Ahora bien ¿convendría que al volver le encontrase allí? ¿Que pudiera ella ufanarse de haberle hecho esperar, de haber puesto á prueba su paciencia? ¿No era acaso mejor hacerse el indiferente, no darle importancia al asunto, herirla precisamente con las armas de la

tranquilidad más absoluta? Dando vueltas en su magin á tales ideas, ocurriósele que podía acabar de pasar la noche en el teatro; al regreso Justina estaría en casa, de seguro arrepentida de su escapatoria y herida en su amor propio de mujer por la indiferencia del hombre que en su ausencia se solazaba confundido entre la multitud.

Después de pensarlo mucho y de meditarlo largamente, resolvió que, en efecto, era aquel el partido mejor que adoptar podía, y quedóse después de ello tan satisfecho como si hubiera hallado solución al más grave de los problemas. Y como si temiese arrepentirse de semejante acuerdo, mandó á la nodriza que se acostase y no le esperara, arrebujóse en su gabán de invierno, y pasó á su vez bajo el farolón de Novedades. Adquirió un asiento de anfiteatro, única localidad que ya quedaba, y allí arriba se fué á aturdirse en el «maremagnum», á pasar el tiempo hasta que fuera hora de regresar á casa y encontrar en ella á la fugada.

Había comenzado ya el espectáculo. La escena representaba una taberna; gentes vestidas como aquellas que á su lado tenía, humilde y modestamente, se movían en el escenario. Fuera, en la sala, era aquello un humano hervidero, millares de cabezas se apiñaban, puesta toda la aten-

ción en lo que pasaba en escena. Félix vió aquella inmensa mancha oscura que formaba el público, vió á aquellas gentes predispuestas á escuchar, á dejarse seducir, á obedecer ciegamente á la voz del magnetizador, y sintió celos y envidia: celos del que así atraía su atención; envidia de no ser él quien dijera al público lo que debía sentir, lo que debía querer y lo que debía odiar...; en él revivía el apóstol á despecho del amante burlado... ¡Qué cosas tan bien dichas y tan convincentes les diría él si pudiese hablar por uno de aquellos personajes de la ficción escénica! El asunto del drama era sencillísimo; humano, pero trágico, con todo el horror de las tragedias humanas... Una Justina y un Félix de la clase baja; él, sin trabajo para sostenerla á ella, roba y es conducido á la cárcel; mientras está en ella, sabe que la mujer amada le abandonó, y consigue un día romper los grillos, huir de su encierro, y al volver al mundo del cual le arrancaron, y al encontrar á la traidora, no en su casa sino en la del otro, le dá una puñalada que le arrebató la vida. Aquel final no gustaba á Félix. ¿Tiene derecho el hombre á matar? ¿Es señor de la vida de sus semejantes? Lo de justificar el robo parecíale bien, aunque lo quisiera mejor explicado. Pero con el final no transigia...; no era aquello lo que pedían las nuevas ideas, no era aquello lo

que él predicaba en su libro non-nato... Y sin embargo, sugestionado por la fábula dramática, siguiendo paso á paso los incidentes de aquella historia que tantos puntos de semejanza tenía con la suya, cuando bajó el telón, después de la última escena, anublados los ojos y crispados los puños, pensó, mejor que exclamó, para sus adentros:—«Yo también la mataría.»

Y que del mismo parecer que él era el pueblo, la gente allí congregada, lo demostraba bien claro el entusiasmo de que todos estaban poseidos. Alzóse el telón una y otra vez, salió el autor á recibir bravos y aplausos, y la gente comenzó á desfilar tranquila, satisfecha, gozosa de haber pasado una buena noche. Pero no era aquello solo lo que Félix esperaba. Hízose á un lado para dejar paso á la multitud que buscaba los pasillos, y recogiendo frases sueltas y comentarios aislados, adquirió la certidumbre de que *aquello* estaba muy bien hecho; citábanse escenas, frases, actitudes y situaciones; discutíase la conducta de los protagonistas del drama; pero de la idea, de la envidia, de la entraña, de lo que en si llevaba dentro aquel alarde de ingenio, no oyó nada. Preocupábanse todos del drama pasional; de lo que dentro de este había, parecía como si nadie se hubiera enterado; atendían al ropaje de la creación más que á la creación misma, á lo superfi-

cial más que á lo hondo. Félix sufrió una nueva decepción. La obra que acababa de estrenarse era para aquellas gentes una de tantas, más hermosa que muchas, pero un compuesto de escenas y situaciones... y nada más. Luego el «otro drama» el que Félix veía en aquella obra, ó no apareció y él se equivocaba, ó no fué entendido y entonces habría que confesar la falta de percepción de la multitud ó no habían querido verlo y en este caso fuerza era desistir de seguir adelante. El pueblo se había conmovido, había gozado y solo de esto parecía preocuparse; era el mismo y se manifestaba igualmente que Félix lo viera tantas otras noches en obras que «nada llevaban dentro» y que no pretendían sino solazar y divertir al auditorio. No importaba; había que luchar, romper el dique que los separaba de la tierra de promisión. La faena era larga y enojosa, pero al fin se impondría la verdad; no era cosa de un día, de un año, ni de una generación. Félix no se desalentaba, no se rendía, pero admitía para sus adentros que no corría tanta prisa y que el mundo no iba tan á escape como él quisiera.

Ya en el portal, entre las filas de curiosos que presenciaban el paso de las buenas mozas que salían, pudo ver á Pacito el periodista, encendiendo «el cigarro de la salida.» El revistero lo vió también, y

comprendiéndolo Félix así, fué á unirse con él.

—Gran triunfo ¡verdad!—dijo Aureliano.—Así se lucha y así se vence.

—¿No sabes?

—¿Qué?

Félix quería hablarle de Justina, de su extraña fuga, de sus esperanzas de volver á encontrarla ahora al regresar á casa, rendida, apasionada, arrepentida de aquel mal paso. Tendió una mirada en torno suyo y vió que los rodeaban grupos de gentes, entre las cuales no podía pronunciarse una palabra que no fuese escuchada por cien oídos. Prefirió esperar.

—Tengo que hablarte, dijo y formó en la fila de los que esperaban, encendiendo otro cigarro.

Su cerebro era una devanadera. Tan pronto el hilo de sus pensamientos se aferraba á las ideas, como aparecía atado á la figura de Justina. Ahora, al volver á encontrar á Paz, testigo tantas veces de su idilio y conocedor como pocos de su historia, el recuerdo de la mujer amada volvió á ocupar por entero su imaginación, y con la rapidez de un relámpago vió pasar ante sus ojos las escenas culminantes del drama que acababa de ver y las del que él mismo era protagonista, y en sus oídos sonaba el jay! desgarrador de la perjuración al caer mortalmente herida por el puñal del amante, y

en su alma volvía á alzarse la idea que le sugiriera aquella frase: «Yo también la mataría.»

Fuéronse enrareciendo los grupos. El aluvión de gentes había pasado; quedaban solo los rezagados, los que discutían el drama, los que no deseaban marchar entre apreturas, los que no tenían prisa... Temblaba el suelo bajo la trepidación del tranvía que pasaba por delante de la puerta con su rojo farolillo, levantando un rumor de trueno; llamábanse unos á otros en la calle los que se habían separado entre aquel torbellino. Félix agarró á su amigo de un brazo y diciendo: «Vamos» echaron calle-abajo.

No les separaba gran distancia de la casa de Félix, ni siquiera muchos pasos. Por la calle de las Velas los unos, por la plaza inmediata los otros, iban desapareciendo los grupos; los más numerosos, sin embargo, seguían calle abajo llevando la misma dirección que nuestros dos personajes. Félix iba ensimismado y huraño; no sabía como empezar la conversación; Paz, lanzando bocanadas de humo. Así llegaron á la cercana esquina de la calle de la Ruda; el primero avanzó hasta el centro de la calle para mirar hacia arriba; fijó la mirada en los balcones de su cuarto, y no vió en ellos el menor vestigio de luz.

—No ha vuelto todavía, exclamó con

acento en que se juntaban el dolor, la rabia y el despecho.

—¿Que no ha vuelto, dices? ¿De quién hablas?

—De Justina.

—¿Justina! agregó Paz no sin un punto de sobresalto. ¿Pues adónde ha ido?

—¿Lo sé yo por acaso? Cuando he vuelto á casa no estaba en ella; salió mientras la nodriza y yo estábamos fuera. Creí que su escapatoria sería cosa de pocas horas, que al volver á casa la encontraría en ella... ¡Oh, es preciso que yo la vea, que lo sepa todo!

Y entró en el portal, seguido de Aureliano. A duras penas pudo éste seguir á su amigo con la endiablada rapidez con que el revolucionario subía las escaleras. Al llegar arriba, entraron los dos, registró Félix las dos ó tres habitaciones donde esperaba hallar á Justina, y al no encontrarla se dejó caer sobre una silla lanzando un terrible juramento.

—¿Y ahora?

—Ahora es preciso que veas lo que has de hacer. Justina se ha fugado; eso está claro.

—Pero ¿por qué? ¿Qué le hecho yo? ¿Por qué huye de mí de esta manera?

—La conozco. Justina no huye de tí sino de tus ideas, de la falsa situación que á tu lado le diste. La dama se ha sobrepuesto á

la mujer y eso es todo. Sintió un momento la necesidad de su rehabilitación y parte en su busca. Créemelo; en el fondo no hay otra cosa.

—Pero si ella me ama... si no puedo dudar de ella... Y volverá, volverá...

—No volverá. Conoces mal á las mujeres y sobre todo á Justina.

—Pero esto es absurdo, no puede ser...

—¡Pobre ideólogo! Tú crees que las mujeres han de ser como tú quieres que sean y no como son; tú discurrees y ellas sienten. Tú no tienes sino cerebro; ellas son todas corazón; no piensan, aman. Pero si su amor deja una sola vez paso á la reflexión madura y al juicio desapasionado y frio, entonces, una vez adoptada cualquiera determinación, mueren por ella, pero no retroceden jamás.

—No, tú me engañas. Justina no puede abandonarme de ese modo.

—Pues ya lo ves que ha podido. Además, presumo que no te abandonó sino en parte. Ten por seguro, que esté donde esté, desde el sitio en que se encuentre velará por tí.

—¡Por mí! ¿Y quién velará por ella?

—Sus instintos honrados que, después de un sueño tan largo, se habrán despertado seguramente más vigilantes que nunca, más que nunca también diligentes y atisbadores.

—Pero ella sabe que no puedo vivir sin su amor, sin su presencia, sin verla, sin oirla...

—Pues porque lo sabe, porque no hay ninguna mujer que ignore las hondas raíces que echa en el corazón de un hombre, es por lo que ella esperará tranquila y confiada tu arrepentimiento.

—Tú has hablado con ella de este asunto, tú sabes algo más que no quieres decirme.

—¡Claro es que hablé con ella! Y de nuestras conversaciones deduje el estado de su ánimo, pero no sé otra cosa y sé lo bastante. Cualquiera, en mi lugar te diría otro tanto. Y es que los que miramos desapasionadamente en el alma de los demás, vemos más claro todo lo que en ellos pasa. No son los temperamentos febriles los que mejor pueden darse cuenta de la realidad de las cosas, y tú eres un enfermo de doble fiebre: la calentura del amor que te devora y la calentura anarquista que te consume. Justina ama al amante con toda su alma, pero al pensador lo desdeña con toda la fuerza de su indiferencia.

—Yo la buscaré, aunque revuelva todo Madrid para encontrarla.

—No, no la encontrarás en Madrid seguramente. Justina habrá puesto tierra por medio.

—¿En qué te fundas para suponerlo así, mejor dicho para afirmarlo?

—En Madrid tendría que alojarse en una casa frecuentada por todos ó por nadie; en un hotel ó en casa de una amiga suya. Meterse en un hotel comprenderás que equivaldría á meterse en la boca del lobo; las casas de sus antiguas amigas no las frecuenta desde que vivís juntos, y es ella lo bastante altanera para no soportar humillaciones como la sufrida en el hotel de tu padre.

—¿Crees, pues...?

—Creo que Justina no está en Madrid; creo que ha puesto tierra por medio; creo que no está ni tan lejos que te pierda de vista ni tan cerca que la tengas al alcance de la mano; creo que no volverá hasta que te vea curado por completo de tu fiebre igualitaria y anarquista; y creo, por fin, que acabarás por abrirle los brazos y darle el nombre de esposa ante Dios y los hombres. ¿Quieres un credo más completo? Pues bien, por si algo falta, creo también que la encontraremos; yo me encargo de este trabajo, si tú quieres.

—La buscaremos juntos. La vida sin ella me sería imposible; lo veo, lo siento...

—Menos arrebatos. La buscaré yo, no tú; acaso tus apasionamientos y tus celos me hicieran seguir una pista falsa, y entonces lo echaríamos todo á perder desde

el primer momento. Déjame á mí solo; tú procura serenarte, conciliar el sueño...

—En el estado de mi ánimo ¿pretendes eso?

—Bueno, pues arréglate como quieras ó como puedas, eso es cuenta tuya; la mía es la otra y la saldaré, confío en ello, y te devolveré á Justina.

—Me devolverás la vida.

—Y los dos amigos se abrazaron en la puerta de la escalera. Paz se abotonó su largo gabán y bajó las escaleras con paso tan lento que á Félix le pareció desesperante.

—Pero anda hombre, corre...

Paz se limitó á sonreír para el cuello de su gabán; estaba ya cerca del portal.

IX

AQUELLA misma noche comenzó Pacito sus trabajos de investigación. Estos no fueron largos ni, desde los primeros momentos, infructuosos. Aunque no era incumbencia suya la información política ni la de los sucesos menudos de la localidad, aquella noche acudió, sin embargo, al Gobierno civil, donde ya bastante de madrugada algunos de sus compañeros recogían las noticias de última hora. Bien quisto de todos ellos, su presencia, no acostumbrada en aquel lugar, fué acogida con exclamaciones de extrañeza y simpatía.

Pacito, sin andarse por las ramas, fuese derecho á aquel que era más íntimo suyo y sin otros circunlóquios le enjaretó de buenas á primeras lo que de él deseaba.

—Necesito que me presentes al Gobernador.

Ni tardo ni perezoso, cumplió su compañero aquel deseo; no era la ocasión la más propicia, pues barruntábanse para el siguiente día alborotos y desórdenes en las

calles de la villa y corte, y la primera autoridad madrileña ocupábase en dar instrucciones á los delegados de vigilancia. Hizo, sin embargo, un alto en su labor para recibir á Pacito á quien acogió con afecto verdadero.

—Si desea usted que nos quedemos á solas... expuso el gobernador.

—No; no se trata de ningún secreto. Además de que estos señores (y señaló á los delegados) pueden servirnos de mucho en el asunto que aquí me trae.

Y en cuatro palabras, con claridad y concisión, expuso sus deseos de que se practicasen las gestiones necesarias para la indagación del paradero de Justina.

—¿Cree usted que se haya quedado en Madrid?

—Lo dudo mucho, Excelencia. Más bien me inclino á creer que haya abandonado la Corte.

—¿Y dice usted que desapareció esta tarde...? ¡Son tantos los trenes que salen de noche! ¿Puede usted, al menos, presumir hacia dónde se habrá dirigido?

—Ni poco ni mucho; sólo hay un dato que podrá guiarnos, pero no respondo de la exactitud de la pista. La señora á quien aludo tiene en Asturias algunas posesiones.

Quedóse el gobernador mirando á los delegados en actitud de interrogación. Uno de ellos que había estado de servicio en la

estación del Norte, comenzó por recordar de una manera muy vaga, fué poco á poco concentrando su pensamiento, y ya al fin pudo recordar que, en efecto, había visto entrar en el andén á una señora de más que regular estatura, joven aún, morena y cubierta con un velo, la cual llevaba en brazos una criatura; la madre—si era ella—podría contar veinticuatro años, la niña uno, á lo sumo.

—Huéleme que estamos sobre la pista, dijo Paz. ¿Y en qué tren salió esa señora?

—En el sudexpreso; estoy seguro.

—Siendo así, objetó el gobernador, mañana lo sabremos. Se trata de un tren que se detiene en pocas estaciones; Villalba, Segovia, El Escorial, Avila, Medina... Mañana á primera hora, si no le es á usted molesto, dése por acá una vueltecita. Telegrafiamos... y veremos.

Por el momento no quería Paz saber otra cosa. Para él era ya indudable que la mujer del sudexpreso no era otra que Justina. Faltaba saber únicamente á dónde se había dirigido.

Bajo esta impresión fuese á la redacción del periódico, escribió dos cuartillas á propósito del estreno de aquella noche, y corrió á arrebujaarse entre las sábanas con la satisfacción del que no ha perdido su tiempo.

A la siguiente mañana se encaminó al

Gobierno. Expidiéronse telegramas oficiales á las estaciones donde el expreso se detenía y hubo que esperar las respuestas. Cuando salió á la calle, encontróse en la Mayor un grupo de gentes del pueblo y de estudiantes, cruzándose con ellos en el camino. Iban también a ver á Su Excelencia. Uno de los del grupo enarbolaba, en lo alto de un bastón á guisa de bandera, un rojo pañuelo; vivas y mueras poblaban los aires. Era el comienzo, ó más bien un conato, de manifestación popular; á pretexto de formular enérgica protesta contra desagradables sucesos ocurridos en otra provincia, avanzaban calle Mayor arriba, y si algún polizonte quería detenerles ó estorbarles el paso, caía sobre el pobre hombre una lluvia de silbidos é imprecaciones tales que eran un verdadero horror; dijérase que en él quería vengar toda aquella turba multa los sucesos sangrientos acaecidos á cien leguas de aquellos lugares.

Ya hacia la mitad de la calle, salió al encuentro de los manifestantes un verdadero pelotón de policías y de guardias de la benemérita formando un cordón que obstruía el paso. Intentaron forzarlo los otros, y allí fué el lanzar una lluvia de denuestos sobre los agentes de la autoridad, y lo que era más duro, otra lluvia de guijarros y ladrillos recogidos al paso en alguna obra en construcción; echaron mano á los sables

los del orden, cruzáronse los primeros cin-
tarazos y la pelea comenzó. Replegáronse
los manifestantes, encaminándose á la ca-
lle del Arenal por la de las Hileras en medio
de una barahunda y gritería indescripti-
bles, y aumentando su número en el cami-
no con el refuerzo de unos cuantos pillue-
los y los socios de un círculo político; las
gentes inofensivas cerraban las puertas de
sus casas y los comerciantes los escapara-
tes de sus tiendas, mientras á los balcones
se asomaban algunos curiosos, y en más
abundancia las curiosas. Ya en la calle del
Arenal, quisieron dirigirse á la Puerta del
Sol, pero también á la entrada de ésta ha-
llaron obstruido el paso, por lo cual tuvie-
ron que retroceder nuevamente; por la pla-
za de Celenque encamináronse á la calle
de Capellanes, y por la de Rompelanzas y
Mesonero Romanos salieron á la de Jaco-
metrezo y de allí á la de la Montera, siem-
pre engrosando sus filas y siempre reco-
giendo á los protestantes de aluvión que al
paso se les unían; los obreros huelguistas,
forzosos ó voluntarios no escaseaban en
los grupos y abundaban también los que
en vano solicitaban trabajo en las obras
municipales. Los unos pedían pan, vengan-
za los otros, tronaban éstos contra el go-
bierno, aquéllos contra la Guardia civil y
en aquel «pandemonium» ni se entendía
nadie, ni nadie tampoco acabó por saber,

á punto fijo de qué se trataba ni qué querían aquellas gentes.

En las calles principales tropezaban siempre con el cordón de la fuerza armada, pero nada bastaba á contrarrestar la avalancha; de cuando en cuando eran disueltos los grupos, pero pronto volvían á rehacerse, y de ese modo, separándose aquí para reunirse más allá, cruzaron las calles de Jardines y Peligros para salir á la de Alcalá. Ante la Presidencia comenzaron á vociferar, y alguna que otra piedra bien dirigida hizo rodar cristales con estrépito ensordecedor; la guardia de la Presidencia amartilló las armas, pero aquella prevención lejos de calmar los ánimos enardeciólos más aun de lo que ya lo estaban y los gritos se trocaron en injurias, los silbidos en ciclón desenfrenado; unos cuantos ladrillazos cayeron sobre los guardias... Por la calle de Alcalá bajaba un pelotón de la benemérita á caballo...

Como en casos tales acontece, no se sabe cómo ni quién prendió la chispa en el reguero de la pólvora sembrada. Uno de los guardias cayó herido en brazos de sus compañeros, diéronse los toques de ordenanza y los fusiles vomitaron una descarga. La desbandada fué horrorosa; sin embargo no faltaron manifestantes que, más desesperados ó más temerarios desafiaron la acometida. Cruzáronse disparos de parte á

parte, hablóse de un hombre muerto y la nube de alaridos fué inmensa... En los portales eran recogidos los heridos y contusos; hacia Recoletos se replegaban los más prudentes ó los más miedosos, y entre tanto seguía la calle de Alcalá convertida en un verdadero campo de batalla.

A aquella hora regresaba Félix del hotel de sus padres con el corazón angustiado y oprimida el alma; tampoco allí sabían una palabra de Justina, y, lo que le exasperaba más, también ellos, como Pacito, daban la razón á la fugitiva. Aquello tenía que acabar así ó acabar mal; ella había de sentir, en algún momento, el bofetón de la dignidad herida, y al sentirlo, naturalmente, procuraría esconderse bajo tierra para que nadie la notase el verdugón en la faz enrojecida. A la entrada de Recoletos cuando volvía á su casa, encontróse con los manifestantes; alguno de ellos le conoció y pronto media docena de personas le rodearon; aquella media docena fué luego un grupo inmenso que le aclamaba, que le pedía que los animase, que los guiara, que los exhortara á la lucha... ¿No presumía de redentor del pueblo? Pues la hora era llegada. Luchó y luchó en vano Félix contra aquellas gentes, ébrias por la ira y ciegas por la impotencia; en volandas, levantándole en vilo sin saber cómo, Félix se encontró más alto que los otros, de pie, en

uno de los aguaduchos del paseo... Aquello era una tribuna.

La palabra, que otras veces aflucía á sus labios espontánea y abundante, salía ahora premiosa y con dificultad, como si entre su pensamiento y su lengua no hubiera la armonía y la inteligencia necesarias. Hon-das amarguras turbaban su espíritu, y bien claramente se reflejaban en la incoherencia de sus frases: «Era preciso disolverse; á la lucha de las armas debía oponerse la lucha de las ideas; por las ideas el hombre se hace fuerte y todo era cosa de esperar el momento oportuno y nada más; nada de violencias; que las nuevas ideas fueran ascendiendo desde las últimas capas sociales á las más altas, sin tolerar la intrusión de elementos extraños; había que desconfiar de los políticos que en ocasiones tales pretenden sacar las castañas del fuego con la mano del pueblo, verdadera cabeza de turco en estas explosiones de la ira popular. Todos tienen agravios que vengar y todos tienen su puesto señalado en la noble conquista del porvenir; los estudiantes en las aulas, los políticos en las Cortes, los obreros en su propia energía, debían de hacer acopio de fuerzas para aquel combate, pero convenía esperar el decisivo. Nada de peleas parciales que á nada práctico conducen y agotan las energías que faltan cuando llega el supremo instante. Era pre-

ciso redimir á todos, luchar en favor de todos, sin excluir aquellos mismos que disparaban sus armas contra la muchedumbre. Si se trataba de derribar un gobierno para sustituirlo por otro, resultaría la misma esclavitud; con obligar á un ministro á dimitir no se lograba nada, y esto era en definitiva y en el mejor de los casos lo que con estos levantamientos parciales se lograba: nada. En saber esperar consistía la mejor virtud y la seguridad del triunfo; así, pues, lo que los verdaderos amantes del progreso, los luchadores de la causa, debían hacer era abandonar á los revoltosos de oficio, aislarse de ellos, luchar por propia cuenta. Toda mixtificación era no solo innecesaria sino peligrosa...»

Hablaba con noble sinceridad, pero hablaba á una multitud heterogénea y, por lo mismo, descontentadiza; aplaudían los unos sus conceptos, recriminábanlos los otros; pronto dejó de oírsele y pronto también se alzó en frente de él un nuevo orador, más fogoso, más irascible que le increpó tildándole de connivencia con los enemigos del pueblo. «En las ocasiones como aquella era cuando se veía á los luchadores y á los farsantes, á los hombres de buena fe y á los vividores eternos. Cuando los fusiles vomitaban metralla, asesinando cobardemente á los hijos del pueblo, solo los traidores eran capaces de de-

sertar de sus puestos de honor y de gloria. El pueblo del 2 de Mayo estaba pronto á derramar su sangre y juraba venganza á los manes de las víctimas inmoladas...»

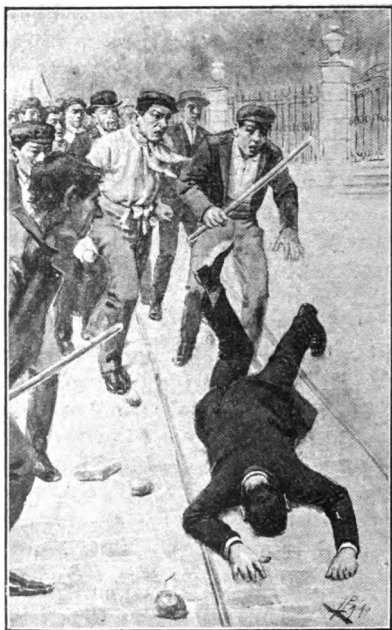
Y por este estilo fué enjaretando el callejero orador conceptos y frases de relumbrón que electrizaban á las masas. Félix quiso alejarse de allí, no porque se creyera derrotado, sino por la compasión que aquellos hombres le inspiraban; ya que no querían escuchar la voz de la razón, que sufriesen la suerte que el destino les reservara. Habíales hablado él con el corazón en la mano, con aquel corazón que manaba sangre por las recién abiertas heridas. ¿No habían querido oírle? No era culpa suya lo que después aconteciese.

Y lo que después aconteció fué que aquella muchedumbre abigarrada, tomando por vergonzosa deserción y fuga inno-ble el tranquilo alejamiento del héroe, inconstante y antojadiza, comenzó á increparle, á arrojar sobre él denuestos y mueras; como harpías, vociferaban en sus oídos las más soeces injurias. Félix palideció; por resignado que fuese, su paciencia tenía un límite del cual no debía pasar y del cual no pasó. Vió cien puños levantados contra él, centenares de voces que le denostaban, una muralla de carne que no le dejaba avanzar ni retroceder. Quiso

abrirse paso á codazos, á empellones; alguien tomó por agresión lo que no era más que deseos de huir de aquel infierno, y en un momento cayó sobre el pobre «profeta», sobre el regenerador, un diluvio de ladrillos, de gujarros, de proyectiles recogidos en cualquier parte... Blandían algunos sobre su cabeza las sillas del paseo; entonces Félix pensó de veras en la fuga. Era imposible una lucha semejante, imposible la lucha de un hombre contra mil... El orador seguía vociferando contra él y proclamando el exterminio de todo lo existente, la verdadera revolución social sin pasteleos y sin contemplaciones...

Félix pudo abrirse paso á duras penas. Iba á ponerse en salvo; pero aquella multitud al verle vencido, acorralado, lejos de sentir piedad por él tomó aquella fuga por implícita confesión de su cobardía, de su pobreza de ánimo, de sus bastardos deseos, de su afán de levantarse á lomos del pueblo. Le vió caído y le persiguió; le vió injuriado y le denostó; le vió vencido y le apedreó, persiguiéndole como á una fiera, sin piedad, sin miramiento alguno. Dijérase que habían olvidado que á pocos pasos de allí, sonaban las descargas y los toques de prevención, para acordarse solo de aquella víctima inmolada á su ferocidad. Félix quiso ganarel salón del prado; imposible le fué ya. Al pretender cruzar la plaza de Madrid

sin miedo á meterse en las bocas de los fusiles por huir de aquella persecución más propia de fieras que de hombres, lanzó un grito de dolor, un grito horrible que con-



tuvo á las masas un momento, y cayó de bruces en el suelo, ensangrentado y profiriendo una imprecación que se perdió entre el infernal griterio que le rodeaba...

SU cuerpo fué recogido con los de los otros heridos en aquella revuelta. En la Casa de Socorro calificaron sus heridas como de pronóstico reservado. Cuando don Teodoro y su esposa, sumidos en la desolación más grande, fueron á verle, quisieron llevárselo á su casa, á su hotel, pero Félix se opuso tenazmente á ello; ya que no se trataba de morir, pues los médicos no creían seriamente en tal cosa, y sí solamente de sufrir, quería sufrir en su modesto cuartito de la calle de la Ruda, en aquella habitación donde tan feliz había sido «con ella» y que tan lleno estaba para él de dulces recuerdos.

No se opusieron los señores de Matallana á este ferviente deseo de su hijo, y después de reconocidas las heridas—contusiones más bien—y hecha la cura cuidadosamente, en su propio coche le condujeron al que había sido nido de sus amores, á aquel nido tan frio ahora y tan solitario.

Cuando Pacito fué á verle, Félix dormi-

taba y un asomo de fiebre se advertía en él. Velaba un médico á su cabecera, atendía la nodriza con escrupuloso cuidado á los brebajes y tisanas, y doña Julia iba y venía en puntillas para no despertar al hijo, amado á pesar de todo. Pacito volvió al Gobierno civil; deseaba, al mismo tiempo que recoger la información minuciosa de la lucha de aquel día, averiguar algo de Justina. Si hubiera estado ésta en Madrid, á buen seguro que se hallara ya á la cabecera del enfermo, lo cual era otro dato que daba veracidad á la información del delegado que presumía haberla visto en la estación del Norte.

Las calles de Madrid permanecían silenciosas, con ese silencio lúgubre y triste que sigue siempre á las convulsiones populares. Llegó Aureliano al Gobierno, y allí pudo enterarse de que una mujer cuyas señas coincidían en un todo con las facilitadas por el delegado la noche antes, se había bajado del tren en El Escorial, con una niña en brazos; en el telegrama se daban hasta las señas del alojamiento elegido por la desconocida.

No quiso Pacito saber más. Llevó á la redacción las notas del motín, y sin esperar otra cosa, á las tres de la tarde tomaba el primer tren que para El Escorial salía. Derecho se fué, al llegar el tren á su destino, en busca de Justina, pues no abrigaba el

menor asomo de duda de que era ella la incógnita viajera.

Declinaba la tarde, y Justina, que desde el balcón de la fonda contemplaba, á través de los cristales, la mole inmensa del Monasterio, entregábase acaso á nostálgicos ensueños de amor y de dicha, cuando Pacito entró en la estancia. Un grito de sorpresa se le escapó «á la viuda del ingeniero» quien, abreviando palabras y razones, preguntó al elegante cronista cómo sabía que ella estaba allí.

—Justina, ya sabe usted que nosotros los periodistas tenemos obligación de saberlo todo; no extrañe usted, pues, que haya averiguado tan pronto su paradero. Son las cinco y media; en el tren de las siete regresaremos á Madrid.

—Paz, usted sabe bien por qué he venido.

—Y yo sé también por qué me la llevo.

—Eso es decir que Félix está arrepentido...

—Creo que sí.

—¡Ah! Dice usted *creo*...

—Creo que estará arrepentido; de lo que estoy seguro es de que está enfermo.

—¿Enfermo? ¡Y viene usted por mí? No sé por qué presiento alguna tragedia.

—No, Justina. Drama tal vez sí; pero sin rebasar los límites de lo trágico.

—Cuéntemelo usted todo, por favor se lo pido. Ya sabe usted que soy fuerte...

—Lo sé... y usted lo sabrá todo también, pero luego. Ahora es preciso partir.

Y Justina, desolada, temerosa de alguna catástrofe, lo dispuso todo para la partida inmediata. Hubiera deseado que el silbato de la locomotora le anunciase ya el momento de la marcha. Hubo un momento en que dudó y encarándose con Paz le preguntó:

—¿No me engaña usted? ¿No será este un nuevo ardid de Félix?

—¡Por Dios, Justina! ¡La he engañado á usted nunca? ¿No he sido yo su mejor auxiliar? Tenga usted confianza en mí, déjese llevar, y después haga lo mejor que su corazón le aconseje.

No tuvieron que esperar mucho tiempo; era noche cerrada ya cuando subían en el mixto que á Madrid había de volverles. Reclinados en los cojines de un departamento de primera, y á solas los dos, Paz contó á Justina, al detalle, como había logrado averiguar su paradero, la conversación con Félix á la salida de Novedades y la historia del motín, para acabar dándole cuenta del estado en que Félix se encontraba.

—Le supongo arrepentido—terminó diciendo;—si las lecciones que ha recibido desde ayer no le aprovechan, habrá que

convenir que es un hombre incorregible, y, lo que es peor, impenitente.

Bien hubiera deseado Justina que aquel mixto que con tanta lentitud marchaba tuviera alas y que volara tan rápido como el pensamiento. No sucedía así, pero como todo tiene su término en el mundo, túvolo también aquel viaje á la hora fijada en los horarios.

—Hace veinticuatro horas Félix la esperaba á usted al balcón, dijo Paz al mismo tiempo que subían á un coche de punto.

—¡Cuántas cosas pasadas en un día!

—Y las que pasarán aún, añadió Paz.

Casi silenciosos cruzaron las calles del centro de Madrid; al llegar á la de Toledo no hacía Justina otra cosa sino mirar hacia adelante. Quería llegar pronto, volver á ver aquella casa de la esquina de la calle de la Ruda, ver si en ella advertía algo de anormal, de extraordinario.

—Calma, calma ahora, recomendábale Paz.

No fué baldía la recomendación. Justina tuvo calma, más de la que ella se imaginaba que tendría. La nodriza al verla llegar, lanzó un grito de alegría, y cogiendo en sus brazos á la pequeña parecía querer comérsela á fuerza de besuquearla. Rosario, doña Julia y Matallana que velaban al enfermo, levantáronse sin altanería á la

llegada de aquella mujer que era, al fin y al cabo una mujer que sufría.

—¿Como está? ¿Como está?

—Mejor, mucho mejor.

La cama se había instalado en medio de la sala; entre las dos ventanas, sobre un velador, una lámpara de mano, con rosada pantalla, esparcía una ténue y apacible luz; la temperatura estaba templada por el fuego que ardía en la chimenea y que lanzaba de cuando en cuando, entre los rojos carbones sus lenguas amarillas; hablábase bajo y pisábase quedo. La familia de Matallana formaba un grupo en medio de la estancia contando á Justina los incidentes de la enfermedad; el susto había sido gordo, pero afortunadamente las consecuencias no serían tan graves como en un principio se habían supuesto. La nodriza apoyada en el quicio de la puerta de entrada ofrecía su pecho á la niña ansiosa de nutrición más apetecible que la que tuviera en las pasadas veinticuatro horas. Paz, á la cabecera del lecho, atisbaba el menor movimiento del enfermo. Un suspiro de este más fuerte y más prolongado que los otros, hizo volver á todos la cabeza; Justina se lanzó á saciarse en la contemplación de aquel semblante macerado y tan querido, medio oculto por las compresas y vendajes. Abrió Félix los ojos cansadamente y lo primero que encontraron fué el rostro dulce y an-

gustiado de la mujer querida, de aquella que todo lo había sacrificado por él: el alma y la vida, la tranquilidad, la honra, la consideración de los demás...

—No te agites, por Dios, murmuró entre sollozos la infeliz.

—Al fin has vuelto ¡verdad! y ahora para siempre,—exclamó el enfermo con voz desfallecida.

—¡Oh, si! Para siempre, te lo juro por Dios, aunque en El no creas.



—Si, si, por Dios, tienes razón; por Dios, que sabe cuanto te amo.

—¡Si vieras que feliz me haces oyéndote hablar así!

—Tenías razón. Yo estaba ciego, pero ahora veo claro... ¡Pobre Justina! Dime que siempre serás mía.

—Siempre, siempre... Ante los hombres y ante Dios.

—No... ¡Ante Dios... y ante los hombres!

Era un cuadro conmovedor. Paz, que lo presenciaba arrimado á la chimenea, no pudo evitar un brusco movimiento; iban á verle llorar aquellas gentes, á, él al periodista frívolo y elegante, al cronista siempre sonriente y alegre. Quiso enjugar con el dorso de la mano sus párpados ya humedecidos, y al movimiento de sus brazos, un envoltorio de papeles rodó al fuego desde la repisa de la chimenea.

Por pronto que quiso Paz alargar su mano, ya las llamas habían hecho presa en él, y se retorcían, carbonizándose, las hojas escritas con la letra clara y grande del anarquista.

—¿Qué he hecho yo? dijo aterrado el periodista. Perdóname, Félix... Tu obra maestra... *La moral nueva*...

Félix sonrió con amargo excepticismo; pero en sus ojos no se reflejó ni el pesar ni el disgusto. Limitóse á contestar:

—¡Déjalo!... ¡Qué importa!...

FIN DE «LA CADENA»

**Sres. Patronos de la BIBLIOTECA PATRIA DE
OBRAS PREMIADAS, que han ofrecido su-
mas para la creación, sostenimiento y
concursos de la misma.**

PATRONATO PRINCIPAL

Excmo. Sr. Marqués de Comillas, 500 pesetas.
Excmo. Sr. Conde de Bernar, 500 id.
Excmo. Sr. D. Joaquín Sánchez de Toca, 500 id.
Excmo. Sr. Conde de Canilleros, 500 id.
Excmo. Sr. Barón de Vilagayá, 500 id.

SEÑORES PATRONOS

Excmo. Sr. D. Antonio de Castro y Casaleiz, 300 ptas.
Excmo. Sr. Conde de Mejorada, 75 id.
Sr. D. José de Amézola, 100 id.
Sr. D. Pedro Alava y Velasco, 50 id.
Sr. D. Tomás Gómez Acebo, 25 id.
Sr. D. Santiago Bianchi, 25 id.
Sr. D. José Ricart y Roca, 60, id.
Sr. D. Nemesio Carrasco y Carvajal, 50 id.
Sr. D. Joaquín Borrás y de March, 100 id.
~~Sr. D. Carlos de Thena, 100 id.~~
Sr. D. Antonio Zambrano y Vargas Zúñiga, 100 id.
Sr. D. Luciano Alcón y de Vicente, 25 id.
Excmo. Sr. Marqués de Montefuerte, 25 id.
Sr. D. Juan Tusquets y Pallós, 50 id.
Sr. D. Roberto Gómez Igual, 50 id.
Sr. D. Juan A. Hernández del Aguila, 25 id.
Sr. D. Rafael Rodríguez Torres, 25 id.
Sr. D. Eloy Lamamié de Clairac, 25 id.
Sr. D. Ignacio Zubasti, 25 id.
Sr. D. Felipe Gutiez Villoldo, 25 id.
Sr. D. Eusebio Iranzo, 25 id.

Stas. María y Manuela del Piélago, 250 íd.
Sr. D. Francisco de P. Benessat, 100 íd.
Sr. D. Lorenzo Pérez y Pérez, 50 íd.
Sr. D. José de Pareja y de Pareja, 100 íd.
Sr. D. Lucas Marsella, 50 íd.
Excmo. Sr. Barón de Satrústegui, 100 íd.
Sr. D. José Valls é Ibern, 50 íd.
Sr. D. Rafael Rodríguez de Cepeda, 50 íd.
Sr. D. Vicente Albert, 25 íd.
Excmo. Sr. D. Eduardo Sanz y Escartin, 25 íd.
Sr. D. Salvador Díez, 25 íd.
Ilmo. Sr. D. José Díez de Rivera y Muro, 50 íd.
Sr. D. José Cardona, 25 íd.
Sr. D. Francisco Sert, 100 íd.
Sr. D. Juan Vivas Pérez, 50 íd.
Sr. D. Andrés Sánchez Villalobos, 25 íd.
Excmo. Sr. Marqués del Sauzal, 150 íd.
Sr. D. Remigio Vidaurreta, 25 íd.
Sr. D. Raimundo del Río López, 25 íd.
Casino de la Amistad de Barbastro, 25 íd.
Sr. D. Joaquín Orús, 25 íd.
Sra. D.^a Vicenta Martínez, Viuda de Fernández, 25 íd.
Sr. D. José Lora Pulgarín, 25 íd.
Sr. D. Joaquín Lizasoain, 100 íd.
Sra. D.^a Socorro Sánchez, Viuda de García, 50 íd.
Sr. D. Faustino Bardón, 25 íd.
Sr. D. Cristóbal Romero Sánchez, 25 íd.
Sr. D. Ricardo Domínguez, 25 íd.
Sr. D. Juan Díaz Quesada, 25 íd.
Sr. D. Salvador Mestre y Parra, 25 íd.
Excmo. Sr. D. Santiago López y Díaz de Quijano, 125 íd.
Sr. D. Manuel de Lainz Ruiz, 25 íd.
Excma. Sra. Condesa Viuda del Val, 100 íd.
Sr. D. Pedro Moro Arquero, 25 íd.
Sr. D. Juan Alvarez del Vallo, 25 íd.
Sr. D. Vicente de Urigüen, 100 íd.
Sr. D. Luis Palahí é Hidalgo de Quintana, 100 íd.
Sr. D. Juan Canal y Gomisans, 25 íd.
Sr. D. José Carreira é Hijos, 25 íd.
Sr. D. Antonio Caamaño Martínez, 30 íd.

- Sr. D. Claudio González Alvarez, 50 id.
Sr. D. Vicente Pedregal, 25 id.
Sr. D. Enrique Grana, 25 id.
Sr. D. José Nuevo y Palero, 25 id.
Sr. D. Antonio Giménez Rico, 100 id.
Sr. D. Gaspar Delgado, 25 id.
Sr. D. Luis Azcárraga, 25 id.
Sr. D. Francisco Javier B. Iturrégui, 100 id.
Sr. D. Ramiro Arroyo, 25 id.
Sra. D.^a Dolores Amézaga del Cerro de Zamora, 25 id.
Sr. D. José Catá y Blanch, 25 id.
Sra. D.^a Nicolasa Espárrago, 25 id.
Sra. D.^a Demetria G. Sampederro, 25 id.
Sr. D. Saturnino Calderón, 50 id.
Sr. D. Celestino Méndez Villamil, 50 id.
Sr. D. Víctor Navarro y de Vicente, 50 id.
Sr. D. Pascual Verge, 25 id.
Sr. D. Antonio Tato, 25 id.
Sr. D. Ignacio Hevia Viciella, 50 id.
Sr. D. Francisco Conder Moratilla, 50 id.
Sr. D. José Descals y Rovira, 25 id.
Sr. D. Juan Cabrera Martín, 100 id.
Sr. D. Luis Alesan Nogués, 25 id.
Sr. D. Francisco Valdivia y Gómez Bravo, 25 id.
Sra. D.^a Áurea Hinojal, 25 id.
Sr. D. Ricardo de Benito, 50 id.
Sr. D. Pablo Criado León, 25 id.
Sr. D. Fernando de Huidobro, 25 id.
Sr. D. Francisco Montero de Espinosa de la Barrera,
25 idem.
Sr. D. Fernando M.^a de Ibarra, 50 id.
Sra. D.^a Agueda Robles, 25 id.
Sr. D. Servando Martínez del Cerro, 25 id.
Sr. D. Telesforo Miguel, 25 id.
Sr. D. Nicomedes Giménez, 25 id.
Sr. D. Gabriel del Corral y Fernández, 25 id.
Sr. D. José Calvo Barrios, 50 id.
Sr. D. Antonio Lopez Dóriga y L. Dóriga, 200 id.
Sr. D. José Martínez Carande, 75 id.
Sr. D. Plácido L. Acevedo, 50 id.

Sr. D. Manuel Vázquez Rocas, 25 id.
Sr. D. Dionisio Ordaz de Castro, 30 id.
Sr. D. Jaime Pérez Peña, 25 id.
Sr. D. Baltasar López de Ayala, 60 id.
Sr. D. Herminio Sáez, 25 id.
Sr. D. Juan Barcia Caballero, 25 id.
Sr. D. J. Estrada Muñóz, 25 id.
Sr. D. Justo A. Huguet Fochs, 25 id.
Sr. D. José Ramón Mosquera y Osorio, 25 id.
Sr. D. Francisco Medina Pérez, 25 id.
Sr. D. Gerónimo Canals Oliver, 25 id.
Sr. D. Manuel Alvarez Suarez, 40 id.
Sr. D. José M.^a Torres, 25 id.
Sr. D. José Manuel Sarasúa, 25 id.
Sr. D. Enrique Artigot, 25 id.
Excmo. Sr. D. Joaquín R. Guerra, 50 id.
Sr. D. Ceferino García Román, 25 id.
Sr. D. Juan José Marmolejo y Buzón, 25 id.
Sr. D. Gabino F. Felgueroso, 25 id.
Ilmo. Sr. D. Daniel Aresti, 250 id.
Sr. D. Ignacio Ostua, 25 id.
Sr. D. Guillermo Ferragut, 25 id.
Sr. D. Luis de Villaverde, 50 id.
Excmo. Sr. D. José Monegal y Nogués, 150 id.
Sr. D. José Antonio Durán y Grueso, 25 id.
Sr. D. Tomás José de Epalza, 25 id.
Sr. D. Juan M. Pérez Gutiérrez, 25 id.
Sr. D. Luis Casado y Sánchez, 25 id.
Sra. D.^a María del Carmen Moreno, 25 id.
Sr. D. Luis Cantón Alonso, 25 id.
Sr. D. Jenaro Santafé Herrero, 25 id.
Excmo. Sr. D. Marcelo Azcárraga, 50 id.
Sr. D. Ramón Posada Villapol, 25 id.
Sr. D. José Ayala y López, 25 id.
Sr. D. Pedro Roglá, 40 id.
Sr. D. José Climent, 25 id.
Sr. D. Jesús Bautista y López, 25 id.
Sra. Viuda de Dupuy de Lome, 25 id.
Sr. D. Melchor López Peña, 25 id.
Sr. D. Antonio Echevarría y Aponte, 50 id.

Sr. D. Gabriel Mulet y Sanz, 25 íd.

Sr. D. José Milá y Pi, 25 íd.

Excmo. Sr. D. Antonio Barroso y Castillo, 25 íd.

Sr. D. José Soler, 25 íd.

Sr. D. Antonio Cabrera de las Casas, 25 íd.

Sr. D. Manuel Viader, 25 íd.

Los amantes de la buena literatura que deseen patrocinar esta obra de regeneración literaria, pueden enviar sus donativos á la Administración de la BIBLIOTECA.

BIBLIOTECA "PATRIA,,
DE
O B R A S P R E M I A D A S

Obtuvieron premios en el Concurso de 1904, las siguientes:

1.^a «LA GOLONDRINA», novela de D. Enrique Menendez Pelayo.

2.^a «LA TONTA», novela de D. Ramón de Solano y Polanco.

3.^a «EPISTOLARIO», boceto de novela de D. Federico Santander Ruiz-Giménez.

4.^a «ALMAS DE ACERO», novela de D. José Rogerio Sánchez.

5.^a «LA HIJA DEL USURERO», novela de D. Estanislao Maestre.

6.^a «LA CADENA», novela de D. Manuel Amor Meilán.

7.^a «ENGRACIA», tradición hispano-romana, de D. Rafael Pamplona Escudero, (premio único otorgado al tema segundo del Concurso.)

8.^a Colección de Cuentos de los señores D. E. Menéndez Pelayo, D. Lorenzo Lafuente, D. Ramón de Solano, D. Teodoro Baró y D. S. Trullol y Plana.

Estarán de venta en todas las librerías al precio de 2 pesetas cada tomo.



PESETAS

